

# TIERRA DE NADIE

O

EL HACER DE LAS BESTIAS

JOSEP MARIA PANÉS

***DRAMATIS PERSONAE***

---

JOAN HOLZMANN

MÓNICA

F

EL PSICOANALISTA

UNA ANTIGUA AMANTE DE JOAN

LA PERIODISTA

KURT, COLEGA DE JOAN

EL NIÑO

LA PRESENTADORA

EL ACTIVISTA

EL BANQUERO

## ÍNDICE

### ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA	.	.	.	.	.	.	4
ESCENA SEGUNDA	.	.	.	.	.	.	14
ESCENA TERCERA	.	.	.	.	.	.	27
ESCENA CUARTA	.	.	.	.	.	.	34
ESCENA QUINTA	.	.	.	.	.	.	47

### ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA	.	.	.	.	.	.	56
ESCENA SEGUNDA	.	.	.	.	.	.	64
ESCENA TERCERA	.	.	.	.	.	.	74
ESCENA CUARTA	.	.	.	.	.	.	83
ESCENA QUINTA	.	.	.	.	.	.	87
ESCENA SEXTA	.	.	.	.	.	.	99
ESCENA FINAL	.	.	.	.	.	.	103

## ACTO PRIMERO - ESCENA PRIMERA

*En el escenario, casi en penumbra, se distinguen algunos elementos de un dormitorio: una cama grande, las mesillas de noche, una silla, una ventana, un estante con libros, una butaca.*

*En la cama duermen un hombre y una mujer. Tienen alrededor de treinta años: él, quizá más de treinta y cinco; ella, veintiocho o veintinueve. Es verano y duermen con ropa ligera, tapados solo con una sábana.*

*Él empieza a dar señales de inquietud. Se mueve y, cada vez más, se agita y jadea. Tiene una pesadilla y se mueve más y más, como si se sintiera amenazado, en peligro. Empieza a decir algo, primero de modo casi inaudible, pero va levantando la voz hasta que, al mismo tiempo que se incorpora, lanza un grito.*

**J** ¡No! ..., no puede ser... ¡Acabar así...! ¡No!

*La mujer que duerme a su lado se ha despertado y, con gestos rápidos, ha encendido la luz de la mesilla de noche. Se acerca a él y, con suavidad, lo abraza y empieza a hablarle.*

**M** *(Acercándose y abrazándolo)* Joan..., Joan..., despierta, amor, despierta, tienes una pesadilla... Tranquilo, mi amor, tranquilo, no pasa nada..., despierta, ven conmigo...

*Poco a poco, él se calma, abre los ojos, se queda un instante en suspenso, mirándola y, soltando un suspiro, se deja caer de nuevo sobre la cama. Durante unos segundos se quedan los dos en silencio.*

**M** Te ha pasado otra vez...

**J** *(Incorporándose lentamente)* Sí, hace días que no tenía una de estas malditas pesadillas.

**M** ¿Días? Dos días; anteayer fue la última... *(Apartándose gradualmente)*.

**J** ¿Solo dos días? Hubiera dicho que... Da lo mismo... Ya sé qué me vas a decir...

**M** *(Un tanto enfadada)* Y claro que lo sabes, porque tengo razón, ¡porque veo que no estás bien...! *(Cambiando a un tono de complicidad)* Y porque no me dejas dormir, cabezota...*(Más tensa, pero demandante)* Si al menos me hicieras caso..., ¡si hicieras algo para intentar solucionarlo...!

*Él se aparta, se levanta y empieza a caminar por la habitación, inquieto y molesto.*

**J** Pero, Mónica, ya lo sabes: las soluciones que me propones no me convencen... *(Hace una pausa y sigue hablando en un tono más lento)*. Ya sé que no estoy bien, ¡claro que lo sé!, pero tú crees que me pasan cosas que tendría que resolver, y no es así.

**M** *(Tensa)* ¿Cómo puedes estar tan seguro? Quizás te escondes algo a ti mismo, Joan; quizás, si fueses a hablar con alguien, te quitarías un poco de este peso que llevas encima...

**J** *(Cuando ella acaba de hablar, la mira unos instantes y continua en un tono lento)*. Ya hemos tenido esta conversación más de una vez, Mónica. *(Hace una pausa)* Estoy inquieto porque no podría no estarlo: sé cosas que quitarían el sueño a cualquiera; cosas que no son imaginaciones mías, ni fantasmas de los que tenga que librarme. No, Mónica, ojalá fuera tal como tú dices...

*Ella ha escuchado muy atenta y, al final, ha bajado la cabeza con un gesto de cansancio y decepción.*

**M** Pues yo no aguanto más, Joan... Si no quieres ni siquiera intentarlo, yo no seguiré durmiendo a tu lado, viendo como sales cada noche de no sé qué infierno, sufriendo y haciéndome sufrir...

**J** *(Sorprendido y cambiando de tono)* ¿Qué quieres decir, Mónica...? ¿Qué me estás diciendo...?

**M** *(Nerviosa)* ¡No lo sé, Joan...! Yo te quiero, y no quiero que nos separemos, pero no puedo seguir así, tengo que hacer algo... De momento, me iré a dormir a la otra habitación..., y puede que me vaya unos días a casa de Judith...

*Él se ha quedado en silencio, dolido, pero también contrariado. Se ha sentado en la cama, dándole la espalda y en actitud de reflexionar. Pasados unos instantes, empieza a hablar, antes de girarse hacia ella.*

**J** No quiero que te vayas, Mónica. *(Se gira hacia ella y la mira)* No quiero que te vayas..., no quiero que me dejes... Haré lo que dices: iré a ver a alguien, un psiquiatra, un psicólogo... No quiero que te vayas...

*Ella cambia poco a poco de actitud y empieza a mirarlo con afecto.*

**M** ¿De verdad lo harás?

**J** Sí, de verdad.

**M** ¿No será como otras veces, que me has dicho que lo harías y después...?

**J** No. Esta vez, iré, te lo prometo...

**M** *(Va hacia él, lo abraza y le habla con entusiasmo)* Le pedí a Judith el teléfono de su psicoanalista. ¿Le llamarás hoy mismo? Bueno, mañana, cuando nos levantemos...

**J** *(Hace una pausa)* Sí, te lo prometo. Pero, un psicoanalista... Ya sabes mis prejuicios...

**M** ¡Claro que los sé...! *(Entre cómica y enfadada)* Los médicos no somos científicos, solo estudiamos y aplicamos los conocimientos que producís los verdaderos científicos; y de los psicólogos dices algo todavía más fuerte, ¿no?

**J** *(Irónico, oscuro)* Sí, ja... Aquella frase de un tal Politzer, genial: “La psicología es científica como los salvajes bautizados son cristianos”. ¡Es exactamente lo que pienso!

**M** Y tratándose de un psicoanalista –del que no sé si es médico o psicólogo–, ¿cuáles son tus prejuicios?

**J** No, de hecho, no tengo ningún prejuicio respecto al psicoanálisis. Tengo ciertos conocimientos: leí a Freud a los quince años, cuando hacía tercero de Física: los nueve volúmenes de la obra completa.

**M** (*Sorprendida*) ¿De veras? No lo habías mencionado nunca... ¿Tu, leyendo a Freud a los quince años? No dejarás nunca de sorprenderme... ¿Y...?

**J** Me pareció extraordinario: un delirio fabuloso, lleno de hallazgos sorprendentes sobre la condición humana. Pero nada que ver con el conocimiento científico. (*Acercándose a ella y adoptando un tono conciliador y afectuoso*) Dejando esto al margen, no tengo ningún inconveniente en ir a hablar con un heredero de Freud, si eso te tranquiliza...

**M** Lo que me tranquilizará es verte mejor, Joan... No verte angustiado durante el día y con pesadillas cada noche. Te estás consumiendo, Joan; has cambiado, no eres el mismo... Ya sé que tienes motivos para estar preocupado, que eres consciente de cosas que mucha gente ignora o no quiere saber..., pero estoy segura de que te pasa algo más...

**J** (*Después de unos instantes en silencio*) No le demos más vueltas: intentemos dormir. Es muy tarde y mañana tienes que madrugar.

**M** (*Mirándolo todavía con cierta preocupación*) Pero ¿podrás dormir? ¿Descansarás?

**J** (*En un tono afectuoso*) Sí, no te preocupes... ¿A qué hora tienes que estar en el hospital?

**M** Tengo el primer paciente a las ocho. Y espero que no sea alguien demasiado enfadado por los recortes, o que no esté de acuerdo con el tratamiento por algo que haya leído en internet...

**J** ¿Y pues? ¿Tienes pacientes adultos...?

**M** No, pero los niños aún no van solos a la consulta de la pediatra, y te aseguro que a veces lo preferiría. (*Mientras lo dice, se recuesta en la cama, apaga la luz y empieza a bostezar*) Buenas noches, Joan. ¿Me prometes que dormirás? (*Lo dice casi cerrando los ojos. Él se queda unos instantes mirándola; luego se recuesta y apoya la cabeza en la almohada. La luz del escenario va disminuyendo hasta volver a la penumbra casi total*).

*Después de unos instantes en silencio, durante los cuales ambos se han dormido, un foco empieza a iluminar gradualmente la butaca, en la que ahora hay alguien sentado: es un hombre de unos sesenta años, de aspecto urbano y con un estilo más bien informal. El cabello largo, recogido en una cola corta, barba de unos cuantos días, pero recortada. Está sentado con una actitud un tanto indolente. Cuando la luz lo hace visible, toma un libro que se halla sobre una mesa pequeña, junto a la butaca, y empieza a leer.*

*A medida que aumenta la intensidad de la luz, Joan abre los ojos y se incorpora gradualmente, sorprendido e intrigado por aquella presencia, pero sin sobresaltarse. Se sienta en la cama y permanece unos instantes mirándolo; el personaje desconocido levanta la vista del libro y también lo mira. Pasados unos instantes, Joan, que lo observa como si fuera alguien quizás conocido y a quien intentara reconocer, le habla, en un tono interrogativo, de enigma.*

**J** ... ¿Quién eres?

**F** ¿Qué? ¿Qué dices?

**J** ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? En mi habitación, a medianoche...

**F** ¿No me reconoces? ¿En serio? Esta sí que es buena... Es verdad que no me habías visto nunca "en persona", pero me tienes en la cabeza desde hace meses y ahora resulta que eres incapaz de reconocerme...

**J** ¿Que te tengo en la cabeza desde hace meses? ¿Qué quieres decir?

**F** Pues que piensas en mí a todas horas y, por lo visto, no parece que te sienta muy bien hacerlo: ni a ti, ni a tu vida de pareja (*Hace un leve gesto, en dirección a donde se encuentra Mónica*).

**J** Caramba, parece que lo sabes todo, tú: sabes en qué pienso, sabes que tengo problemas con Mónica... Dudo de que realmente sepas qué es lo que no me quito de la cabeza.

**F** Eres muy libre de hacerlo...



**J** Venga, pues. ¿Me lo demuestras? Dime qué he tenido en la mente esta mañana y buena parte de la tarde...

**F** Pero, ¿qué te imaginas? ¿Qué he venido a hacer trucos de magia? Te equivocas, chico.

**J** Pues te lo diré yo: (*Poniéndose de pie y avanzando hacia él*) He estado pensando en cómo aumentar la conductividad de las placas de grafeno, las que usamos en los prototipos de ojos artificiales; si obtenemos grados variables de conductividad mejoraremos mucho el reconocimiento de los colores y quizás en unos pocos años... (*Se detiene de golpe y continúa en un tono de abatimiento*) ¡Bah...! En unos pocos años...

**F** (*Se queda pensativo unos instantes, como haciendo memoria*) ¡Ah, sí...! El grafeno... Dio muy buenos resultados durante más de veinte años, hasta la gran crisis que obligó a recuperar la tecnología del silicio...

**J** (*Desconcertado*) ... ¿Qué dices? ¿Qué dio grandes resultados? (*Con una risa inquieta*) Si todavía estamos explorando sus posibilidades... ¿Por qué hablas en pasado? ¿Qué sabes tú? ¿Y qué quiere decir eso de recuperar la tecnología del silicio...?

**F** Quiere decir que aún no sabes quién soy, o que finges muy bien. No estoy seguro...

**J** (*Queda absorto y camina lentamente por la habitación. Al final, toma una silla que se halla al lado de la cabecera de la cama y la arrastra hasta colocarse frente a F. Se sienta y lo mira de frente*) Eres..., el futuro..., ¿verdad?

**F** ¡Buena deducción! Pero totalmente al alcance de una mente brillante como la tuya...

**J** (*Como hablando para sí mismo*) Al final, Mónica tendrá razón...

**F** ¿Y pues?

**J** Que debo estar volviéndome loco...

**F** No, eso no pasará. (*En un tono un tanto burlón*) Si fuera así, puedes estar seguro de que lo sabría...

**J** Veo que tienes sentido del humor..., o ganas de burlarte de mí... También debes saber por qué has venido, supongo...

**F** ¿Yo? Yo no he venido. *(Levantando el tono de voz)* ¡Tú me has hecho venir! ¡Tú me has convocado! Eres tú quien lleva meses teniéndome en mente a todas horas, obsesionado por un mañana que crees saber cómo será. Hazte tú esa pregunta: ¿por qué estoy aquí?, ¿por qué me haces presente y me colocas en el centro de tu vida?

**J** *(Se levanta, dando unos pasos y colocándose de espaldas a F. Habla, oscureciéndose mucho y adoptando un tono trágico)* Pienso tanto en el futuro porque sé que lo hemos perdido... Yo, Mónica, los hijos que no tendremos... ¡Pienso tanto en el futuro porque la orquesta sigue tocando, pero ya hemos chocado con el iceberg y nadie quiere verlo...! ¡Pienso tanto en el futuro porque yo tenía planes para toda una vida y una fe ciega en la ciencia...! ¡Y ahora siento que no tengo nada, que no tendremos nada, que no tendremos futuro...! *(Desafiante y girándose hacia él)* ¿O me equivoco?

**F** Estás tan convencido de lo que dices que si yo, en persona, te dijera que no será así, que el futuro no es como lo imaginas, no me creerías...

**J** ¿Qué no es como lo imagino? *(Elevando el tono de voz, enfadado)* ¡Son hechos, datos, proyecciones de una validez científica total, incuestionables! ¡Sé de lo que hablo! ¡El cambio climático y todos los fenómenos que le están asociados entrarán en progresión geométrica a lo largo de los próximos diez años, y tendrán efectos catastróficos para toda la humanidad...!

**F** Pues no he visto tu firma en ninguno de los manifiestos publicados hasta hoy..., ni en los que se publicarán en los próximos años. En cada cumbre mundial, expertos, activistas, instituciones de todo el mundo, piden medidas urgentes a los gobiernos. ¿Puedo preguntarte por qué no participas?

**J** *(Tenso)* ¡Porque ya no estamos a tiempo y porque nada de lo que se haga ahora lo va a detener! ¡Y porque los gobiernos no harán nada hasta que sea evidente para todo el mundo que ya no hay nada que hacer! *(Empieza a mostrar signos de angustia: se mueve, inquieto, y parece faltarle el aire).*

**F** (*En un tono un tanto imperativo*) ¡Cálmate, o volverás a despertarte en este estado, como tantas noches...! (*Con un tono de voz más pausado*) Cálmate, tenemos que seguir hablando...

**J** (*Las palabras de F parecen tener un efecto inmediato, y J se relaja*) Es cierto, debo estar durmiendo y tú no eres más que un sueño...

**F** (*Cortándolo*) ¡Yo no he dicho que no sea más que un sueño! He dicho que duermes, que sueñas y que me has hecho venir a tu sueño. No es lo mismo...

**J** Hablemos, pues... Dime qué sabes: ¿cuál será el primer gran punto de inflexión? ¿La alteración de la Corriente del Golfo? ¿El metano que liberará el hielo permanente del Ártico al fundirse? Hay cinco o seis puntos críticos a partir de los cuales el proceso se acelerará, y la única duda es saber cuál se producirá primero...

**F** (*Mira a J, serio y en silencio, durante unos instantes*) No es de esto de lo que quiero hablar. Yo podría explicarte..., sí, claro..., muchas cosas... Algunas te sorprenderían; otras, supongo que no... Pero no es de esto de lo que tenemos que hablar.

**J** ¿Es que “tenemos que hablar” de alguna cosa que tú sabes cuál es y yo no? ¿Y por qué no podemos hablar de estas cosas que, según tú, “me obsesionan”? ¡Al fin y al cabo, esto no es más que un sueño y cuando despierte lo habré olvidado todo...!

**F** (*Con aire reflexivo*) Sí, tú puedes despertar y olvidar..., aunque solo sean los sueños o las pesadillas, tú puedes despertar y olvidarlos. Yo no puedo: yo lo sé todo, todo me llega, todo viene a parar a mí. Un contemporáneo tuyo lo dijo muy bien: “Hacemos del futuro el basurero del presente”... Es exactamente eso lo que hacéis... (*Cambiando a un tono irónico*) Tampoco me quejo: a veces se encuentran cosas valiosas en un basurero; mucha gente sobrevive con lo que encuentra en un basurero...

**J** No dejas de sorprenderme: el señor futuro haciendo reflexiones existenciales, citando a filósofos, hablando de si se queja o no de su destino... (*Alzando la voz*) Y pues, ¿qué es eso de lo que “tenemos que hablar”?

**F** ¿De ti, quizás? ¿Del callejón sin salida en el que estás metido?

**J** (*Impertinente*) No, mira, de eso se supone que hablaré con el psicoanalista al que he de llamar mañana, ¿sabes? Mejor no mezclemos las cosas, si no te importa...

**F** Bueno, no mezclo nada: esa llamada forma parte de tu futuro inmediato, ¿no? Y, por tanto, también tiene que ver conmigo...

**J** (*Abatido*) ¿Y qué? Tanto da lo que haga o deje de hacer... Iré porque se lo he prometido a Mónica, pero estoy seguro de que no me servirá de nada. ¿Desde cuándo cambian algo las palabras? ¿De qué servirá que hable con un desconocido (*Adoptando un tono enfático, burlesco*) de mi infancia, de mis padres, de mis fantasmas...? ¿Se moverá el eje de la Tierra? ¿Cambiará la ley de la gravedad? (*Gritando*) ¿Parará el calentamiento de la atmósfera? ¿Cambiará nada de este maldito futuro que nos espera?

**F** Si esta es la actitud con la que piensas ir, no vale la pena que hablemos más. Si piensas ir a hablar del planeta en vez de hablar de ti, de esta angustia que te devora..., no vale la pena ni que hagas esa llamada. Mejor no hacer nada, como sueles hacer...

**J** (*Enfadado*) ¿Qué quieres decir?

**F** Lo mismo que te decía antes: que tampoco veo que hagas gran cosa para parar estas desgracias en las que no paras de pensar... Es curioso: no hay duda de que eres un experto en el tema, que hace años que lees, te documentas y estudias todo lo que se publica sobre esta cuestión, pero no haces nada para hacerte oír, no te mueves, no luchas... ¿Piensas seguir así toda la vida?

**J** ¿Te burlas de mí? Me reprochas algo que ya sabes que no sucederá, que no habré hecho... ¡Que tú, ahora, señor futuro, ya sabes que no habré hecho!

**F** Bien, eso depende...

**J** ¿De qué depende? (*Gritando*) ¡No depende de nada!

**F** (*Después de un silencio, y en un tono pausado*) ¿De tu deseo, quizás...? ¿De tu decisión de hacer o no hacer algo, ahora? ¿De si eres o no capaz de atravesar este muro invisible que te impide avanzar?

**J** ¿Mi deseo? ¿Pero, qué me estás diciendo? Tú, precisamente, que hablas desde donde las cosas ya son definitivas, irreversibles, donde ya están escritas, fijadas para siempre... ¿Cómo es que me hablas de mi deseo?

**F** (*Apesadumbrado, agachando la cabeza y bajando el tono de voz*) Me parece que te imaginas el futuro tal y como te conviene: del modo en que hablas, es evidente que no hay nada que hacer, que puedes seguir de brazos cruzados mientras lamentas tu desgracia... Muchacho, me parece que estás más muerto que vivo... No haces más que anunciar el final de los tiempos, y ahora, que se supone que estás vivo, no veo que hagas gran cosa, que intentes cambiar nada...

**J** (*También inclina la cabeza, se pone en pie y da unos pasos, dándole la espalda a F. Después de una larga pausa, habla, apesadumbrado*). Que extraño, todo... En mitad de la noche, atrapado en una pesadilla, en una conversación imposible con... ¿el futuro? ¿El mío? ¿El de todos? (*Con perplejidad, desconcierto*) Un futuro que me hace preguntas, que me cuestiona, que me interroga... (*Mientras se gira hacia F*) Dime la verdad: ¿quién eres? ¿Qué quieres de mí?

*Al girarse, el foco que iluminaba a F, y que ha ido apagándose mientras J hablaba, se apaga del todo, y cuando J acaba de darse la vuelta el lugar que F ocupaba ha quedado totalmente a oscuras. J se queda inmóvil unos instantes, vuelve a inclinar la cabeza, camina hacia la cama, se sienta en el borde y, lentamente, se deja caer sobre la cama. La luz se apaga y la escena queda a oscuras.*

ACTO PRIMERO - ESCENA SEGUNDA

*En el escenario, la consulta del psicoanalista, que, ubicada a la izquierda, ocupa la mayor parte del espacio. A la derecha, el recibidor, donde se ve la puerta de entrada al fondo.*

*Es un espacio continuo, solo diferenciado por la distribución de los muebles.*

*En la consulta hay estanterías con libros, dos butacas, una mesa de trabajo y un diván.*

*En las paredes, dos reproducciones de cuadros de pintores contemporáneos.*

*Se ilumina la escena y el psicoanalista está hablando por teléfono, en un tono distendido y muy cordial. Habla, obviamente, con un buen amigo.*

**Psicoanalista** ¡Sí, es cierto, hacía mucho que no hablábamos, pero yo he pensado a menudo en vosotros! ¿Cómo estáis?... ¿Vinieron vuestros hijos por fin de año?

-----

**P** Ah, estupendo... Sí, los nuestros también vinieron; pocos días, pero vinieron, tanto Pol como Laura...

-----

**P** Sí, a veces sabe mal que estén lejos, pero es así, es lo que les ha tocado vivir: son una generación de nómadas...

-----

**P** Y entonces, ¿cómo hacemos para vernos? Luisa y yo subimos muchos fines de semana al pueblo. ¿Por qué no venís? Os quedáis el fin de semana, o subís el sábado o el domingo a pasar el día, como queráis...

-----

**P** Perfecto, háblalo con María y nos decís algo... Por cierto, ¿cómo está tu padre?

-----

**P** Vaya..., lo siento..., no sabía que estuviera tan mal, pobre hombre... Dale un abrazo de mi parte. Siempre le recuerdo en Calella, cuando éramos unos críos y nos llevaba a pescar cangrejos en aquella barquita...

*Suena el timbre de la puerta: un toque largo y persistente.*

**P** Vicente, llega alguien, te dejo. Debe ser una persona que me ha llamado a primera hora pidiendo que lo atendiera hoy mismo.

-----

**P** Hablamos, sí..., un abrazo...

*P camina hacia el recibidor y, antes de llegar, el timbre vuelve a sonar, con el mismo toque largo y persistente. P se detiene y hace un gesto de extrañeza. Abre la puerta a J y, durante unos instantes, ambos se quedan en silencio. Finalmente, J le tiende la mano a P y habla con la actitud de quien hace una broma.*

**J** ¿El Dr. Livingstone, supongo...?

*P lo observa un instante y, con una media sonrisa, le tiende la mano.*

**P** Bien, ¿por qué no...? Y usted debe ser...

**J** Joan, Joan Holzmann; le he llamado antes.

**P** Adelante, Joan...

*J entra y P cierra la puerta.*

**P** ¿Puede repetirme su apellido?

**J** Holzmann: significa "leñador". Mi madre era alemana.

**P** Ah...

**J** *(Con una gran risotada)* ¿Lo ve? ¡Es fantástico! ¡Acabo de entrar en la consulta de un psicoanalista y ya le estoy hablando de mi madre...! Supongo que si te encuentras con un psicoanalista en el ascensor, en vez del tiempo le hablas de tu madre, ¿no...?

**P** *(Se encoje levemente de hombros y, a continuación, señala con la mano en dirección al consultorio)* Adelante, Holzmann...

**J** *(En un tono más tranquilo, pero aún bromeando)* No se lo tome a mal: es que el otro día bromeaba con Mónica sobre esto.

**P** *(En un tono mucho más neutro)* ¿No quiere que me lo tome a mal...?

**J** *(Finge no haberlo oído y se detiene a echar una ojeada al consultorio. Al cabo de unos instantes, habla con un tono de cierta sorpresa)* Caramba, que presentación más clásica... El diván, la butaca detrás, estatuillas japonesas...

**P** Son chinas: ¿le gustan?

**J** Ah, sí, sí, claro: son chinas, y me parecen fantásticas...

**P** *(Invitándolo con un gesto de la mano a sentarse en una butaca, mientras que él va a sentarse en la suya).* Bien, fantástico: ¿Y qué le ha traído hasta aquí?

**J** *(Se sienta y cambia a una actitud más seria y un poco tenso)* Pues..., poca cosa..., o no..., según cómo se mire...

**P** *(Mostrándose un tanto sorprendido)* ¿Según cómo se mire?

**J** Sí, quiero decir que tenemos puntos de vista diferentes...

**P** Mónica y usted...

**J** *(Un poco irritado)* Sí, Mónica y yo... De hecho, he venido porque ella me lo ha pedido con insistencia. Yo –le seré sincero– no le habría llamado. *(Comienza a adquirir un cierto aire de superioridad)* Ella es una mujer muy inteligente y con mucho criterio, pero muy emocional... Quiero decir que algunas veces no es capaz de analizar las cosas con la suficiente objetividad y saca conclusiones equivocadas *(Mira a P como esperando un comentario o una pregunta. Ve que P le escucha en silencio y sigue hablando, más serio).* Quiero decir que, a veces, vemos que pasan cosas, cosas ciertas, reales, pero nos podemos equivocar a la hora de buscar las causas...



P ¿Cosas ciertas, reales...?

J Sí, cosas: reacciones, actitudes...

P Reacciones, actitudes... ¿Suyas?

J En algún caso, sí...; quiero decir, las que preocupan a Mónica, sí...

P Ya..., ha venido porque Mónica le insiste y está preocupada...

J *(Haciendo una pausa)* Sí, está preocupada y no deja de decirme que estoy mal, y no puedo hacerle entender que... *(Se queda en silencio)*

P Sí...

J *(Mirando fijamente a P)* No puedo hacerle entender que ya sé lo que me pasa y por qué me pasa, y si tiene o no solución...

P ¿Y quiere hablarme de todo esto que usted ya sabe?

J No estoy seguro de querer hacerlo, la verdad. No se lo tome a mal, no es nada contra usted...

P *(Con un tono un tanto irónico)* Me alegro...

J Quiero decir que no es una cuestión personal, sino, en todo caso, un prejuicio en relación con su... *(Duda)* profesión.

P Ah...

J Sí, porque no tenemos el mismo punto de vista ni las mismas herramientas... *(En un tono enfático)* Yo soy un científico, lo soy a todas horas y se trate de lo que se trate: de los cambios en la biosfera o de mis estados de ánimo, ¿comprende? Y ha sido así desde que tuve uso de razón, muy pronto, por cierto...

P ¿Muy pronto? ¿Qué quiere decir?

J Quiero decir que fui un niño precoz; a los tres años aprendí a leer por mi cuenta, a los cinco leía libros de biología y de historia, y a los siete me sabía de memoria la tabla

periódica de los elementos... *(Se levanta y da algunos pasos por el consultorio, un tanto ajeno a la presencia de P)* A los trece, cuando me admitieron en la Facultad de Física, ya había estudiado por mi cuenta todas las materias del primer curso. A los diecisiete, con la carrera acabada, me fui a Stanford e hice un doctorado en física y matemáticas, y después, en tres años, estudié ingeniería informática. *(Hace una pausa breve, como si contemplara los hechos que está evocando)* A los veintidós ya hacía investigación básica en materiales superconductores y cinco años después ya tenía un buen número de artículos en las mejores publicaciones. Y un futuro prometedor...

**P** Tenía...

**J** *(Se ha ido acercando a la silla y vuelve a sentarse. Responde, pero todavía un poco ausente y sin mirar a P)* Sí, tenía un futuro prometedor, y muchas líneas de investigación con aplicaciones tecnológicas innovadoras, verdaderos avances en varios campos. *(Mirando a P)* Un pequeño paso adelante en investigación básica supone muchos pasos en tecnología, sobre todo cuando detrás hay alguien que domina ambos terrenos: y yo lo hacía.

**P** Lo hacía... ¿Qué sucedió?

**J** *(Un poco tenso)* Lo hacía y lo hago: quiero decir que entonces ya lo hacía; solo es una manera de hablar...

**P** De acuerdo, si solo es una manera de hablar...

**J** *(De nuevo, con una actitud un tanto ausente)* Lo seguí haciendo durante diez años, primero en la Universidad, y después en el MIT, hasta los treinta y dos años, cuando... *(Se hace evidente que ha callado algo que iba a decir)*

**P** *(Sin detenerse a esperar)* ¿Sí...?

**J** ...cuando decidí volver a Barcelona *(Se queda unos instantes en silencio)* Quiero decir que siempre me he guiado por criterios científicos, tanto en el ámbito profesional como en el personal. *(Con énfasis)* ¡Siempre he mantenido la misma línea!

**P** Pero parece que esa línea se alteró a los treinta y dos...

**J** ¿Por qué dice eso? ¡Está haciendo una suposición sin ningún fundamento! ¡Yo no he dicho que pasara nada, ni que se alterara la línea que había seguido!

**P** De acuerdo, no se altere: intento entender su lenguaje y su forma de pensar...

**J** Mire, doctor... *(Como conteniendo una tensión en aumento)* No creo que entender mi pensamiento esté a su alcance, la verdad. No tengo ningún complejo de superioridad, pero sucede que nos movemos en terrenos diferentes.

**P** No lo dudo, pero, la verdad, no veo de qué nos servirían ahora los conocimientos extraordinarios que usted tiene sobre tantas cosas...

**J** *(Tenso)* ¡Claro, usted no lo ve! Ya le he dicho antes que yo analizo de la misma manera un fenómeno físico y uno psíquico: los desplazamientos de un electrón o los cambios en mi estado de ánimo.

**P** De acuerdo... ¿Y qué ha descubierto sobre sus estados de ánimo? *(J se levanta malhumorado y se aleja unos pasos en silencio. Después de una pausa, P le habla de nuevo, con un punto de socarronería)* Usted también se mueve mucho, no sé si tanto como un electrón.

**J** *(Hace un gesto como si se riera, irónicamente, y va a sentarse de nuevo delante de P. Al cabo de unos instantes, y adoptando una actitud más grave)* He descubierto que son la consecuencia lógica, inevitable, de estar confrontado a problemas muy graves..., y para los cuales no hay ninguna solución...

**P** ¿Problemas muy graves? ¿De qué clase? ¿No quiere hablarme de eso? Por lo que dice, son cosas que le afectan mucho, que le preocupan...

**J** *(Inclinando la cabeza, pero manteniendo un tono de firmeza)* Sí, estoy preocupado, pero tengo motivos objetivos, reales. Usted no puede hacerse cargo de lo que se trata, ni serviría de nada. Estoy solo ante esto..., y probablemente todavía lo estaré más.

**P** Entonces, si usted ya lo sabe todo, y sabe que no hay nada que hacer... ¿por qué ha venido? ¿Solo porque Mónica se lo ha dicho? ¿Quizá porque tiene miedo de que ella lo abandone?

**J** (*Muy enfadado*) ¡Ella nunca lo haría! ¡Puede que lo diga, pero nunca lo haría...! (*Hace una pausa y sigue en un tono más bajo*) ¿Y sabe qué le digo? Ahora nada tiene demasiado sentido, y quizá no tendría que sufrir demasiado ni siquiera por eso...

**P** (*Se pone de pie y habla en un tono pausado*) Bien, dejémoslo aquí por hoy. (*Espera a que J, un tanto sorprendido, se ponga de pie, y empieza a caminar hacia la puerta. J le sigue, visiblemente molesto*).

**J** (*Tenso*) No sé si volveremos a vernos, ¿sabe? Me lo pensaré y le diré algo.

**P** Le espero mañana a las cinco.

**J** ¡Le he dicho que no sé si volveré! Y además...

**P** (*Cortándole*) Le cobraré...

**J** (*Ahora es J quien le corta, mostrándole sus manos*) ¡No llevo dinero, nunca llevo!

**P** (*Le corta de nuevo*) Bien, me pagará mañana: le espero a las cinco. (*mientras camina hacia la puerta y la abre*)

**J** (*Lo sigue, enfadado*) ¡Ya le he dicho que no sé si vendré más! (*Sigue con su queja mientras cruza la puerta*) ¿Es que no oye lo que le digo?

**P** Hasta mañana, Joan...

*P cierra la puerta y va hacia su mesa de trabajo. En el camino, toma el mando a distancia de un equipo de música, aprieta un botón y empieza a sonar un concierto para violonchelo de Vivaldi. P se sienta y adopta una actitud reflexiva, con un gesto que transmite cierta preocupación. Al cabo de unos instantes, la música se interrumpe y se oye la voz de una locutora.*

**Locutora** “Interrumpimos la programación de Radio Clásica para dar paso a una información de última hora: El huracán Wendy ha llegado a la costa de Florida, castigada en los últimos dos años por fenómenos similares (P ha abandonado la actitud reflexiva y escucha atentamente) y, con una intensidad de fuerza cinco, está causando graves daños en las infraestructuras, ya muy afectadas. Todo ello, aumenta la preocupación

sobre la grave crisis económica que estos fenómenos están causando en la economía norteamericana, y que amenazan con extenderse a la economía mundial, afectada por un largo proceso de recesión. Esta situación se añade al aumento cada vez más rápido del nivel del mar, que en los últimos cinco años ya ha...”

*Suena el timbre de la puerta, de la manera en que J lo ha hecho sonar antes. P se levanta, apaga la radio y va a abrir. Abre la puerta: es J, y ambos se miran en silencio un instante.*

**J** *(Le tiende la mano y repite, con un tono diferente, serio, la broma anterior)* El Dr. Livingstone, supongo...

**P** *(P le da la mano y responde enfáticamente, invitándolo a pasar)* ¡Sí!

*Mientras avanza, J empieza a articular alguna frase y P le anima a entrar y sentarse. Se sientan cara a cara, y después de un largo silencio J empieza a hablar en un tono y una actitud muy diferentes: serio, un tanto ausente, más lento que antes, y la mayor parte del tiempo sin mirar a P.*

**J** La verdad es que, excepto un paréntesis de unos pocos años, siempre he estado angustiado... Nací con una mente privilegiada que se manifestó desde muy pequeño, sí..., pero la mía no fue una infancia privilegiada... *(Hace una pausa)* A partir de los siete años se despertó en mí un intenso interés por la ciencia, y eso me abrió la puerta a una dimensión a la que nadie de mi entorno tenía acceso: y me encerré allí, fascinado y ansioso por todo lo que descubría, pero también con el afán de quien ha encontrado un refugio en el que se siente protegido...

**P** ¿Protegido?

**J** Sí... Protegido del infierno de malvivir que habían construido mis padres *(Hace una pausa)* La ciencia fue la realidad paralela en la que me encerraba para soportar la angustia que me acechaba a todas horas. *(Hace una nueva pausa)* El instituto, la universidad, el trabajo intelectual cada vez más intenso, la admiración de los profesores, el prestigio de superdotado que crecía a mi alrededor, todo eso hizo que, poco a poco, pasará cada vez más tiempo en aquel paraíso particular...

P Sí, como usted dice, ese fue el recurso que encontró para protegerse de la angustia...

J Sí..., pero el cambio importante llegó cuando me marché a Stanford. En seguida supe que me quedaría allí muchos años, quizás toda la vida. Mi rendimiento académico me abría muchas puertas y desde el primer año tuve becas que me permitían no depender de mis padres, de los que pronto empecé a tener la impresión de que estaban muy, muy lejos: *(Con una leve sonrisa y acompañando la frase con un gesto de las manos)* ¡como cuando uno mira un objeto cercano con unos prismáticos puestos al revés...! Más allá de la distancia física, su mundo se empequeñeció y se alejó mucho, y muy pronto... Además, mis padres me tuvieron cuando ya eran bastante mayores y eso contribuyó a distanciarnos, a hacernos sentir que vivíamos en mundos diferentes.

*(Se levanta y da unos pasos por el consultorio)* Los primeros años, cuando pasaba temporadas en Barcelona vivía en su casa, claro, pero me sentía como si llevara una de esas escafandras de buceo antiguas, con unas suelas de plomo que me hicieran caminar con movimientos lentos *(Reproduciendo los movimientos que describe)*, envuelto con aquel traje de lona y cubierto con el casco con la portezuela de cristal... *(Mirando a P y, por un momento, riendo francamente)* ¡Se lo digo en serio! En ciertos momentos, caminando por el pasillo de casa, o entrando en el comedor donde me esperaban para cenar, me venía esta imagen... *(Hace una pausa)* Unos años después, esa imagen se fue diluyendo, como si ya no la necesitara: pasaba pocos días en Barcelona y más de una vez, con alguna excusa, me iba a un hotel y solo pasaba a verlos algún rato. *(Hace una pausa)*.

*(Hace una pausa y mira a P, como esperando un comentario. P se limita a hacer un sonido muy leve, animándolo a seguir)* En uno de estos viajes, cuando ya llevaba más de diez años en América y me dedicaba plenamente a la investigación, conocí a Mónica en casa de unos amigos. Ella era siete u ocho años más joven que yo, estaba acabando medicina y... era fantástica: inteligente, guapísima... Y, además, transmitía una sensación desconocida para mí: la oía hablar, la veía moverse, reír, seguir una conversación, cualquier cosa... y siempre parecía feliz, en paz consigo misma... Yo, que siempre había pensado que no era capaz de amar, que algo en mí me lo impedía, me enamoré; de ella y de aquella atmósfera que la envolvía, de aquella manera de vivir y de estar en el mundo

que yo no había experimentado nunca ni sabía que existiera... Empezamos a vernos cada vez que yo venía a Barcelona, a escribirnos, a hablar por Skype cada vez más a menudo... Y a mí me costaba creer que aquella mujer de otro planeta se hubiera fijado en mí, me hiciera caso, me dijera que ella también me quería... *(Levanta la vista y mira a P con una media sonrisa)*.

Hicimos planes y, dos años después de conocernos, vino a Stanford a hacer un máster de neurología infantil y, de paso, a vivir juntos... Fue el año más feliz de mi vida, o quizás... el único año feliz de mi vida. Quiero decir que nunca me había sentido tan seguro de estar vivo, tan cómodo con mi vida. A lo largo de aquel año también hice planes para trasladarnos a Barcelona: me ofrecieron un lugar interesante en un centro de investigación desde el que podía seguir coordinando los proyectos que dirigía en América. El año siguiente iba a ser de transición: Mónica volvía a Barcelona, buscaba trabajo como pediatra y nos veíamos cada tres o cuatro meses. Iba a ser un buen año... *(Inclina la cabeza y queda en silencio)*.

**P** (Como invitándolo a continuar) ¿Fue el año en el que se alteró la línea de la que hablaba antes? ¿A los treinta y dos?

**J** *(Levantando la vista)* Sí, fue aquel año... Uno de mis mejores amigos en Stanford era Seymour. Habíamos empezado juntos el doctorado en física y matemáticas, y él se había especializado en modelos de predicción de fenómenos atmosféricos. Seymour era canadiense, pero iba muy poco a su país. Creo que solo tenía allí algún familiar y unos pocos amigos. Era brillante, tenía una enorme capacidad de trabajo y se comprometía a fondo en todo lo que hacía... *(Se queda de nuevo en silencio)*.

**P** Era, tenía... Habla de él en pasado...

**J** *(Mirándole)* Sí... Seymour empezó a colaborar con el equipo de expertos que elaboran el informe anual de Naciones Unidas sobre el cambio climático, y aquel trabajo fue absorbiéndolo cada vez más. Me hablaba de ello a menudo y cada vez con más preocupación; a mí me interesaba porque siempre he estado al corriente de otros ámbitos de investigación y porque él me hacía ver la importancia de lo que estaba en juego. Pero durante aquel año, cuando trabajaba en el informe para la Cumbre de París,

empecé a alarmarme: cada conversación que teníamos, cada cuadro de datos que me explicaba, cada estudio que se añadía a los anteriores era más y más preocupante. Y la angustia que Seymour sufría y transmitía también iba en aumento. Yo intentaba tranquilizarlo, le insistía en que tomara cierta distancia, pero él ya no podía sustraerse a todo lo que sabía, a las certezas a las que se iba enfrentando. “Es mucho peor de lo que creíamos, Joan, mucho peor...”, eso es lo que me dijo, acabando de cenar y a punto de despedirnos, la noche antes...

**P** ¿La noche antes?

**J** Sí, la noche antes de que sus colegas se preocuparan porque a media mañana no había ido a trabajar y nadie sabía nada de él. Beth, una compañera del laboratorio, me llamó, preocupada, y en seguida tuve algo parecido a un presentimiento: fui corriendo a su apartamento –yo sabía el código de entrada– y lo encontré sentado, con el cuerpo vencido sobre la mesa, como si durmiera, agotado por una noche de trabajo, con el ordenador encendido y rodeado de libros y documentos... Lo toqué, y el frío de sus manos y de su frente se me clavaron para siempre en la memoria. (*Hace una pausa y mira fijamente a P*) Ahora le contaré algo que no le he dicho nunca a nadie. Usted debe oír esta frase a menudo, pero para mí es algo excepcional... Encima de la mesa había un frasco de plástico con una etiqueta, tumbado y vacío. Después de darme cuenta de que Seymour estaba muerto y antes de llamar a la policía, cogí aquel frasco y me lo guardé en el bolsillo. No sé por qué lo hice, pero tampoco quise saber qué contenía; solo sé que, de camino a casa, lo tiré en una papelera.

**P** ¿No quiso saber?

**J** No, supongo que no... El forense concluyó que había muerto por un paro cardíaco y no se le hizo la autopsia. Él tampoco quiso saber más. (*Hace una pausa*) Yo, después, sí quise saber más cosas, pero sobre el trabajo que Seymour estaba haciendo. Al día siguiente, seguro de que nadie reclamaría nada, fui a buscar sus libros, sus papeles y su ordenador, y pasé muchas horas, muchas semanas, descifrando todo aquel material. Seymour me había dado muchos detalles y, en definitiva, eran nociones y magnitudes que yo conocía perfectamente.



**P** ¿Y qué fue lo que encontró?

**J** La confirmación de lo que él me decía la noche antes de morir: “Es mucho peor de lo que creíamos, Joan, mucho peor...”. A partir de aquel momento, este tema ha formado parte, obsesivamente, de mi vida, y todo el tiempo que no dedico a mis trabajos de investigación lo dedico al seguimiento de los estudios sobre el cambio climático. No es mi ámbito, ¿sabe?, pero con mi formación y mi capacidad sé que en muchos casos interpreto mejor los resultados que los propios autores... *(Hace una pausa)* y veo perfectamente que las previsiones que hacen son demasiado optimistas; o quizás sería mejor decir demasiado poco pesimistas... Ellos quizás no pueden tener en cuenta el efecto de la confluencia de factores tan diversos, pero yo estoy acostumbrado a trabajar con sistemas físicos de gran complejidad y le aseguro que sé hacerlo...

**P** No lo dudo... Así que estos son los problemas ante los cuales se siente tan solo...

**J** Sí, pero no es una sensación mía. *(Con énfasis)* ¡Estoy solo! Y también con mi angustia, que desde aquel momento se volvió a hacer presente en mi vida, y que no me abandona ni un momento...

**P** La angustia de su infancia...

**J** *(Aparta la mirada y queda absorto, silencioso, un largo rato)* Yo confiaba en el futuro. Creía que, a pesar de todas las dificultades, la ciencia contribuiría al progreso de la humanidad. Y no solo al progreso material: estaba seguro de que la ciencia haría mejores a los seres humanos y que, cada vez más libres de enfermedades, con cosechas más abundantes y con tecnología más avanzada, los odios y la barbarie que atraviesan la historia irían disminuyendo... Pero la muerte de Seymour y los meses que siguieron me enfrentaron a una realidad bien diferente: no hay tiempo para detenerlo, ya no lo hay. La ciencia y la tecnología, las cumbres del espíritu, *(Elevando el tono)* ¡las que tenían que liberarnos de lo peor de la condición humana...!, son la punta de lanza del desastre, han puesto sus potencias al servicio de la destrucción...

**P** Sí, usted tenía grandes ideales, creía en el progreso, y se encontró con la pulsión de muerte...

**J** *(Abatido)* Desde entonces me siento como un exiliado, ¿sabe? Como un apátrida, expulsado de aquella realidad paralela en la que encontré refugio cuando aún era casi un niño. *(Hace una larga pausa)* Lo he perdido todo. Creí que con Mónica tendría una felicidad como nunca antes había podido imaginar, y el futuro con ella significaba también tener una familia... Ahora todo eso se ha desvanecido, ya no existe. *(Hace una pausa)* Yo aún la quiero, claro que sí, pero esta oscuridad que me envuelve se interpone cada vez más entre nosotros. *(Pausa)* ¿Cree que no sufro por ella? Sufro por la inquietud que tiene estando a mi lado, y porque no puedo dejar de preguntarme qué será de ella, qué será del mundo, de nosotros... Qué será de los hijos que queríamos tener...

**P** La paternidad, en este final de los tiempos...

**J** La paternidad, sí... ¿Sabe una cosa? Ahora sé que nunca tendré hijos, pero después de haber deseado ser padre, siento que lo que le sucede a cualquier niño de este mundo me concierne y me afecta...

**P** Es la posición de un adulto, sí.

**J** Pero esta paternidad imaginaria, inmensa, me abruma...

**P** *(Levantándose)* Bien, Joan: seguiremos. Hoy lo dejamos en este punto.

**J** *(Silencioso, como si las palabras de P tardaran en llegarle. Al cabo de unos instantes, le mira y habla en un tono pausado y con abatimiento)* De todas formas, no sé cómo podría ayudarme, ni de qué podría servirme venir a hablarle de todo esto..., y de quién sabe qué...

**P** Sí: y de quién sabe qué. Seguiremos, Joan.

**J** *(Levantándose y siguiendo a P en dirección a la puerta)* Le pagaré la sesión el próximo día: ¿me ha dicho mañana a las cinco?

**P** Sí. Me debe dos sesiones. Hasta mañana, Joan.

J sale y P cierra la puerta. J camina en dirección al centro de la sala mientras la luz va apagándose gradualmente, hasta que la escena queda a oscuras.

## ACTO PRIMERO - ESCENA TERCERA

*En el dormitorio de Joan y Mónica. Él está sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabezal y escribiendo en un portátil. Ella está sentada frente a la mesa, con un libro abierto y tomando notas en un papel. Pasados unos instantes, J deja de escribir, mira a Mónica y hace un primer comentario, en un tono que quiere ser distendido pero que transmite seriedad.*

**J** Por cierto..., fui a ver al psicoanalista...

**M** Sí..., esperaba que me comentaras algo... Y ¿qué tal? ¿Bien...?

**J** Sí, de hecho, ya he ido unas cuantas veces, pero ahora no me apetece hablarlo... Me está removiendo cosas, ya sabes...

**M** *(Le mira un poco sorprendida)* Sí, claro... Son cosas muy personales...

**J** Pero seguro que en otro momento tendré ganas de comentarlo.

**M** *(En un tono empático y afectuoso)* Claro que sí, mi amor; cuando tú quieras...

**J** *(Se levanta y se acerca a ella: pone las manos en su espalda y empieza a hacerle un masaje muy suave)* ¿Cansada? Hoy has trabajado muchas horas y veo que aún estás atareada...

**M** Sí, con la epidemia de gripe he tenido casi el doble de visitas que en un día normal y, tal como soy, en momentos así me estreso más.

**J** Sí, claro: debe de ser agotador.

**M** No es por eso... Me estreso porque son días en los que hay más riesgo de que se me pase por alto alguna cuestión importante y me obligo a estar más atenta que nunca. Después de ver a quince o veinte pacientes, es fácil pensar que el siguiente, si tiene unos síntomas parecidos, también debe tener un resfriado o una gripe, y darle el mismo tratamiento.

**J** *(Se aparta, camina hasta la mesa y se apoya en ella, de cara a M)* ¿Y no es lógico hacerlo así? ¿Dónde está el problema?

**M** No, no es lógico: porque cada paciente es diferente, y tengo que dedicarle la misma atención que al primero que he visto a las ocho de la mañana... o a las once, cuando vuelvo de tomar un café, los días que puedo ir... *(Mira a J, que la ha escuchado en silencio)* A mí no me ha pasado nunca, pero detrás de síntomas muy comunes puede haber una neumonía, o el inicio de una leucemia...

**J** *(En un tono más serio y apartando la mirada)* Sí, claro, los médicos estáis en contacto cada día con estas fronteras –la salud y la enfermedad, la vida y la muerte– intentando que las personas nos mantengamos el máximo tiempo posible del lado que conviene...

**M** Y no es solo eso. ¿sabes cuántas consultas recibo que no tienen nada que ver con un problema orgánico? Niños con dolor de barriga, con problemas para dormir, o que han perdido el hambre... Miro a los padres, preocupados por lo que le pasa a su hijo, e intuyo que a ellos les pasan otras cosas, que quizá son las que acaban afectando al cuerpo de su hijo. Hay mucha gente que lo pasa mal, Joan, gente con problemas de todas clases; y, encima, unos padres deprimidos o desbordados acaban sufriendo también por cómo esa situación afecta a sus hijos.

**J** Pero, Mónica, ¡no puedes pretender hacer también de psicóloga de tus pacientes!

**M** *(Con énfasis)* ¡No quiero hacer de psicóloga, Joan! ¡Quiero hacer de médica, pero quiero hacerlo bien...! Y de la misma manera que no he de confundir una enfermedad con otra, tampoco he de confundir una enfermedad del cuerpo con un malestar que habla a través del cuerpo pero que es de otra clase.

**J** Sí, sí, te entiendo, pero creo que no has de pretender entrar en un terreno que no es el tuyo. Los médicos tenéis detrás a ejércitos de investigadores y empresas que invierten cantidades enormes de dinero para producir fármacos: fármacos que curan, aunque el enfermo no se sienta bien atendido...

**M** Joan, *(En un tono de enfado y muy irónico)* ¡muchas de estas empresas ya hace tiempo que dedican más dinero a márketing que a investigación, y que sus directivos

piensan más en la cuenta de resultados que en la salud de las personas! Claro que hay grandes avances, sobre todo en fármacos para las enfermedades del primer mundo, las que pueden dar grandes beneficios... Y, además, *(De nuevo con énfasis)* ¡son ellos los que pretenden entrar en un terreno que no es el suyo y convertir en enfermedades malestares que de ninguna manera se deben tratar con fármacos!

**J** Me parece que exageras, Mónica...

**M** No exagero, Joan... Lo veo cada día en la consulta y lo hablo a menudo con otros colegas. ¿Sabes cuántos niños se medican hoy en día con esta historia de la hiperactividad o del trastorno bipolar? *(En un tono un tanto sarcástico)* Como los niños no han sido nunca movidos, y como no puede haber ninguna otra razón si un niño está inquieto, triste o no se concentra, decimos que tiene un problema neurológico y lo medicamos: psicoestimulantes, ansiolíticos, antidepresivos, todo eso vertido en un cerebro en formación y sin que sepamos gran cosa de sus efectos a largo plazo!

**J** *(Oscurciéndose)* En todas partes debe de haber gente con poco criterio o que se deja llevar por la codicia, no lo dudo... *(Cambiando de tono y mirándola con complicidad)* No te enfades, pero durante un tiempo pensé que los sistemas inteligentes harían muy bien el trabajo de los médicos –diagnosticar, medicar...– y que *(Hace una pausa muy breve y se ríe)* quizá lo harían mejor que los médicos... *(Cambia a un tono cálido y cercano)* Pero, claro, un sistema inteligente no tendrá nunca el espíritu crítico que puede tener un médico “humano”, como tú. Y tampoco tendrá los conflictos que tú tienes...

**M** Joan, tengo días mejores y días peores, pero no sé hacer de médica sin mirar a los ojos a mis pacientes y escucharlos, y eso no quiere decir que no sea rigurosa y científica. Estar enfermo no afecta solo al cuerpo, y eso un médico tiene que saber tratarlo o, por lo menos, acogerlo, darle la importancia que tiene. Y si no le interesan sus pacientes, las personas que son, mejor que se dedique a otra cosa.

**J** *(Acercándose a ella)* Caramba, Mónica... Seguro que sabes de qué hablas y que no te faltan motivos para indignarte, pero me duele verte tan tensa y tan disgustada por cosas de tu día a día. *(Hace una pausa, reflexivo)* Quizá mis cambios de humor y mis malestares

te han afectado más de lo que pensaba... *(Se acerca más y la abraza con dulzura; ella responde con la misma actitud)* Lo siento... Te quiero, Mónica...

**M** *(Lo mira, emocionada)* ¿Sabes que hace mucho que no me lo decías? *(Hace un gesto para recoger una lágrima que le ha venido a los ojos)* Estás pasando momentos muy difíciles, ¿verdad? Pero siento que ya vuelves a ser el de antes... *(Se besan largamente, primero con dulzura y después más apasionadamente. La luz va apagándose mientras ellos se acercan a la cama y se tienden, abrazados. La escena queda a oscuras).*

*Pasados unos instantes, la escena se ilumina lenta y progresivamente. Joan y Mónica duermen, abrazados y tapados con una sábana, justo por debajo de la espalda. La escena sugiere que se han dormido después de hacer el amor.*

*Gradualmente, un foco ilumina a otra figura que, desde un extremo –del lado de la cama en el que duerme Joan– se acerca lentamente. Es una mujer joven, de una belleza física extremadamente sensual. Va prácticamente desnuda: lleva unas braguitas minúsculas y va cubierta con un velo corto y muy transparente, que acompaña la sensualidad de sus movimientos. Llega junto a la cama, mirando intensamente a Joan.*

**Antigua amante** Míralos, qué monos... Han hecho el amor –¡ya tocaba...!– y ahora duermen como unos angelitos, abrazados, enamorados... *(Se sienta en la cama, de cara a la platea, y pasa una mano por la cara de J)* Hola, rey... Adivina quién ha venido a verte... Como tú no vienes nunca, he de ser yo quien se haga presente. *(J gira la cabeza sin abrir los ojos ni despertarse, pero sensible al gesto de la chica)* ¡Vamos, hazme un poco de caso, gamberro...!

*Se coloca de rodillas encima de la cama y, con un gesto, aparta a Joan de los brazos de Mónica, hasta que queda boca arriba. Él acompaña dócilmente el gesto de la chica que, abierta de piernas, se coloca encima de él, a la altura de los genitales, y empieza a hacer un suave movimiento de cintura, frotando su sexo con el de él.*

¿Ni así te despertarás...? *(Baja la sábana hasta la cintura y le pasa las manos por el torso, acariciándolo de manera muy sensual, y empieza a darle besos en el pecho y en los labios. De repente, se detiene y vuelve a quedarse sentada encima de él, pero sin moverse).*

Nada... ¿Tan satisfecho has quedado con este polvo con tu chica? ¡Cómo has cambiado!  
*(Se levanta con un movimiento enérgico, se coloca de pie junto a la cama, de cara a la platea, y sigue hablando, mirándolo)* Antes, trempabas con solo oír mi voz por teléfono... Al menos eso es lo que me decías, quizá solo para “ponerme caliente”, como te gustaba decir... *(Empieza a caminar, siguiendo el borde de la cama)* ¡Y vaya si me ponías caliente...! *(Al levantarse ella, J se ha dado la vuelta, colocándose casi boca abajo. Al avanzar, ella tira de la sábana y, poco a poco, deja al descubierto su espalda y una parte de sus glúteos, hasta que, suavemente, deja caer la sábana).*

*(Como hablando a las paredes)* Antes... Tampoco hace tanto, pero ya no pareces la misma persona, el mismo hombre... ¡Porque estaba claro que eras un hombre y que te gustaba hacérmelo sentir! Hasta que conociste a esta muchachita y, volviendo del primer viaje, ya vi que habías cambiado: “Me he enamorado...”, me dijiste. *(En un tono sumamente burlón)* “Ella es diferente, es especial, bla-bla-bla...”, el rollo de siempre... *(Se detiene a los pies de la cama y se sienta, con las piernas abiertas y de cara a la platea. Se gira del lado de Joan y pone una mano sobre sus pies. Él mueve un brazo y tira de la sábana, tapándose hasta la cintura.)*

*(Acentuando el tono irónico y haciendo el gesto de contar con los dedos)* De hecho, también se lo dijiste a Helen, a Rose, a Jasmin, a... Tan feliz que parecías, habiendo encontrado el amor de tu vida. ¡Tan convencido como parecías de que, *(Con énfasis)* ahora sí, vivirías la vida, la de verdad, intensa, plena! *(Haciendo una pausa y mirándolo con detenimiento)* Y, feliz... no pareces serlo mucho, la verdad... No me extraña que ella te haya enviado al psicoanalista...

*Girándose hacia Mónica, mirándola y poniendo una mano sobre sus pies. Mónica se mueve, dándose la vuelta y quedando de espaldas a Joan. La chica empieza a tirar de la sábana que la cubre, dejando al descubierto su cuerpo, justo por debajo de los glúteos. Se levanta y sigue avanzando por el borde de la cama, en dirección a ella, mientras sigue con la mirada el cuerpo de Mónica y, con un dedo, recorre suavemente su contorno. Mónica se estremece levemente.*

*(Lentamente)* Es guapa..., es joven... *(Un poco burlona)* Parece buena persona... *(Se sienta en la cama, al lado de ella y de cara a la platea. Le acaricia la cara, le pasa la mano*

*por la espalda, le busca el pecho con un gesto leve pero inequívocamente sensual. Mónica se estremece levemente, pero no se aparta)* También podríamos habérselo montado los tres, ¿no? Ya sabes que, a mí, de vez en cuando, me gusta hacerlo con una mujer... ¡Claro que lo sabes, sinvergüenza! Cuántas veces nos lo montamos con Sara... *(Se acerca y, suavemente, le besuquea la espalda, el cuello y la oreja. Ella vuelve a estremecerse muy levemente).*

*(Incorporándose, pero todavía sentada y mirando a Joan)* ¡Pero, no, con ella ni hablar de estos juegos! ¡Con ella es diferente, otra cosa...! *(Hablando lentamente)* Y, claro, seguro que tú no lo ves así, pero... si te ha cambiado tanto la vida, pero no de la manera que creías, quizá todo esto tiene algo que ver, ¿no...? *(Mirándola con un punto de ternura y volviendo a recorrer con el dedo el contorno de la cara y el torso de Mónica)* Quizá ella es demasiado dulce, demasiado lista, demasiado buena persona, demasiado... Los hombres... no sabéis amar de verdad. O quizá no podéis..., o no estáis hechos para eso... *(Con énfasis)* ¡Quién sabe para qué estáis hechos los hombres...! *(Se levanta, se queda un momento de pie mirando a Mónica, que hace un gesto con el brazo y tira de la sábana, tapándose hasta por encima del pecho. Empieza a caminar siguiendo el borde de la cama y en dirección a la platea).*

¿Qué debes haberle contado al psicoanalista? Todo ese rollo tuyo de la ciencia, ¿verdad? Y que si eres un superdotado, y que si las personas como tú no podéis tener una vida convencional, y que hay gente que no sabe ni cómo funciona una bombilla y otros, en cambio, ya sabéis cómo será el mundo dentro de cien años... Te crees tan especial y, en el fondo, eres tan como todos... *(Ha llegado al lado de Joan y se ha puesto de rodillas en el suelo, de cara a él. Hace una pausa y se detiene mirándolo. Se da la vuelta y se sienta en el suelo, apoyando la espalda en la cama. Sigue, lentamente, y en un tono más serio)* También le has hablado de tus padres, ¿verdad? A mí me hablaste de ellos aquel fin de semana que fuimos a los Grandes Lagos. Paseábamos, de noche, bajo un cielo espléndido –¡miles de estrellas brillando sobre aquel negro intenso!– y empezaste a hablarme de ellos y de la mierda de infancia que tuviste... Me impresionó verte llorar, Joan: yo pensaba que alguien como tú no se rompía nunca, aunque hubiera sufrido tanto o más que el resto de la gente. Porque, sufrir, ¿quién no ha sufrido? ¡Pero tu parecías de hierro, Joan!



*(Se gira hacia él y vuelve a ponerse de rodillas, mirándolo. Cambia a un tono más ligero)* ¿Y de mí, no le has hablado, canalla? ¿O de Helen, de Rose...? ¿No le has hablado de cómo te gustaba lo que hacíamos...? *(Va acercándose hasta que se recuesta al lado de Joan)* Me encontrabas perfecta, decías: mi piel, mi olor, mis cabellos... *(Baja de nuevo la sábana y empieza a acariciarlo sensualmente)* Quizás estás tan mustio porque ya no piensas en mí... *(Toma su mano y la coloca, primero, encima de uno de sus pechos; después, la hace bajar lentamente hasta su sexo)* ¿Ya le has hablado de este tesoro que tengo entre las piernas...? *(Mueve la mano de Joan, arriba y abajo, excitándose –él parece participar, levemente, como en sueños, en el juego y en la excitación– hasta que, de pronto, ella le aparta la mano y se levanta bruscamente de la cama).*

*(Muy enfadada y hablando de espaldas a la cama)* ¡Eres un idiota! ¡Todos lo sois! ¡No sabéis disfrutar...! *(Se gira y empieza a caminar, siguiendo el borde de la cama y hablando como para sí misma)* ¡Demasiada felicidad enseguida os da miedo, demasiado placer enseguida os echa atrás y corréis a buscaros alguna preocupación, algún problema, cualquier cosa con tal de huir de la única felicidad posible, del placer que apenas habéis probado! *(Hace una pausa larga, respira hondo, se gira muy lentamente hacia él y empieza a hablarle en un tono de voz insinuante)* ¿No quieres que volvamos a hacerlo? Confiésate que aún te gusto... Vamos, ven... *(Acercándose a la cama y poniéndose de rodillas y abierta de piernas encima de él. Sigue en un tono de voz muy insinuante y provocador)* Tengo todo lo que ella no tiene, y no tengo nada de lo que ella tiene... *(Empieza acariciarle el pecho, a mover la cintura con una cadencia sexual, cada vez más excitada).* ¡Hagámoslo una vez más, vamos...! ¿Ves cómo aún me deseas...? *(Cada vez más excitada, toma las manos de Joan y las lleva a su cintura. Joan la ciñe, con suavidad, pero decididamente)* ¡Así, así, Joan! ¿Ves como todavía te gusto? ¡Así, sigue! *(Se recuesta sobre él y todo su cuerpo se mueve con una cadencia cada vez más intensa).*

*La luz va apagándose lentamente, mientras se oyen las exclamaciones de excitación y de placer, hasta que el escenario queda totalmente a oscuras.*

## ACTO PRIMERO - ESCENA CUARTA

*En la consulta del psicoanalista. La escena se compone de diversas partes que corresponden cada una de ellas a una sesión diferente, separadas por períodos de tiempo variables (semanas, meses). Se trata de presentar los efectos que se producen al largo de un tiempo de análisis y en base al contenido de las sesiones: aquello que se dice y cómo se dice, y aquello que tiene lugar en la sesión. La manera de articular las diversas partes/sesiones de la escena es mediante un efecto de fundido al final de cada una de ellas, seguido de un intervalo de oscuridad, durante el cual se oye –de manera audible, pero con un volumen bajo– una combinación de sonidos de la vida cotidiana: un rumor lejano en el que se distinguen emisoras de radio, fragmentos de conversaciones, sonidos de la calle, etc. A continuación, la escena se ilumina de nuevo: está en curso una nueva sesión.*

*Comienza la primera sesión. Se ilumina la escena. J y P están en silencio: J está tendido en el diván y P sentado en una butaca, detrás del diván. J tiene una actitud seria, reflexiva: está siguiendo el hilo de un pensamiento y se ha detenido a pensar: P también mantiene una actitud reflexiva, tranquila. Pasan unos instantes antes de que J hable. Se trata de que se perciba que no es una escena estática, a pesar de que los protagonistas prácticamente no se mueven. La escena quiere recrear la atmósfera de una sesión, en la que en ocasiones se producen silencios largos, durante los cuales hay, sin embargo, trabajo, elaboración subjetiva.*

*Al cabo de unos instantes, J se mueve –cambia de posición, mueve las manos en el aire– y empieza a hablar, en un tono dubitativo, vacilante, como si todavía buscara las palabras para decir aquello que quiere decir.*

**J** Lo cierto es que... no me enfadé... No estoy seguro, pero diría que aquello más bien me hizo sentir diferente, me confirmó que aquel profesor se daba cuenta de que yo era mucho más inteligente que él y que por eso intentaba humillarme (*Hace una pausa*). De hecho, me pasó otras veces, incluso en la Universidad, pero, no sé por qué, la escena con aquel profesor de matemáticas me ha quedado grabada, la recuerdo ahora como si hubiera sido ayer... También es verdad que yo era algo pedante, y que no tenía ninguna necesidad de ponerlo en evidencia delante de la clase, ¡pero se puso a hablar de la

conjetura de Fermat diciendo cosas inexactas...! Sí, claro, yo podía haberme callado y nos habríamos ahorrado todo lo que pasó. Al fin y al cabo (*Riendo*), ninguno de mis compañeros de clase sabía ni tan solo quién era Fermat, y tanto les daba lo que pensáramos el profesor o yo. (*Hace una pausa y sigue en un tono más serio*).

Pero la actitud de aquel hombre era indigna: ¡yo, con apenas once años y el con quizás más de cincuenta! ¡Tenía la obligación de respetarme, de sonreír ante mi insolencia! ¡Incluso de celebrar mi talento, en vez de defenderse de mí, atacándome con su falsa superioridad...! (*Hace una nueva pausa*)

¿Qué debe pensar usted de todo esto? (*Hace una pausa más larga*).

Al principio se me hacía extraño su silencio, que tuviera tan pocas cosas que decir sobre lo que yo le contaba... (*Hace una pausa breve*) Pero he ido viendo que, en realidad, eso mismo me produce un efecto positivo: al tener a alguien que me escucha de una manera diferente a la del resto de la gente, me encuentro hablando de una forma también diferente... No es algo que me resulte cómodo, pero me doy cuenta de que es ..., ¿cómo decirlo? De que es algo serio, que aquí las palabras tienen un peso y un valor diferentes. (*Nueva pausa*) Y no sé a qué es debido, pero lo cierto es que en estos meses me he encontrado mejor, menos angustiado.

**P** Sí, está menos angustiado...

**J** (*En un tono más grave, e incorporándose hasta sentarse en el diván*) Pero, de hecho, no ha cambiado nada. Vengo aquí, hablo –desde hace un tiempo, tumbado en el diván, con lo cual ni tan solo le veo la cara–, una cosa me lleva a otra y me sorprende, como hoy, reviviendo una escena vivida a los once años... Ya me dirá... (*Sigue hablando, sin dirigir la mirada a P y cambiando a un tono de enfado y de reproche*) ¡En un momento dado, le oiré levantarse y la sesión se habrá acabado, sin que llegue a saber por qué ha durado mucho o poco...! (*Hace una pausa y vuelve a un tono más reflexivo*).

Bueno, lo cierto es que al cabo de un rato acostumbro a entender el porqué: a veces, nada más cruzar la puerta o salir a la calle. A veces, me vuelven a la mente la última frase que he dicho, la última palabra, quizás, y es como si me escuchara a mí mismo, porque

capto entonces un sentido que un momento antes no existía, o me descubro habiendo deseado algo que un instante antes negaba... *(Se tumba de nuevo en el diván, dejándose ir, en una actitud de cansancio o de abandono)* Sí, todo esto está muy bien, pero hay momentos en que me parece tan inútil como si esta experiencia tan prometedora la hiciera uno de aquellos condenados que esperan en el corredor de la muerte.

**P** *(En un tono de sorpresa y exclamando)* ¡Un condenado!

**J** *(También sorprendido por la exclamación del analista)* Sí... un condenado *(Hace una pausa y retoma, hablando más lentamente)* Mi padre fue condenado, al final de la Guerra Civil. Era muy joven, pero se había significado como anarquista: un joven idealista que nunca disparó un arma pero que se había afiliado a un sindicato anarquista: ¡Ni Dios, ni patria, ni Rey! Al acabar la guerra, una patria sin Rey lo condenó en nombre de Dios a pasar diez años en la cárcel...

**P** Ah...

**J** No cumplió toda la condena –apenas un año– porque, siendo muy joven, la sentencia quedó en suspenso, a condición de que tuviera “buena conducta”... *(Vuelve a incorporarse y a sentarse en el diván).*

Creo que, de pequeño, me intimidaba: era un hombre mayor, que por la edad podría haber sido mi abuelo, y siempre le vi absorto, distante, como preocupado por cosas importantes. Cuando estaba en casa, leía o pasaba horas en silencio, y algunas noches subía solo a la azotea y se quedaba allí hasta tarde. Mi madre parecía entenderlo y tenerle una especie de respeto, o de consideración... *(Hace una pausa y sigue en un tono más seco, más duro).*

Pero muy pronto supe que mi padre era un hombre baldío, agotado, sin una brizna de vida, de fuerza. Y que, detrás de sus silencios y su actitud ausente, solo había vaciedad. ¡Si al menos hubiera mostrado rencor, o rabia, o dolor...! Y muy pronto empecé a rebelarme, a hacerle reproches, a cuestionar su manera silenciosa y distante de hacerme sentir inferior a él por el solo hecho de ser mi padre...

*La escena se oscurece: solo quedan iluminados el diván y, con una luz intensa pero amarillenta, una figura que aparece por el lado derecho de la escena.*

**Padre** *(Exclamando, con un tono de voz imperativo, y justo en el momento de aparecer en escena)* ¡Joan! ¡Joan! ¿Dónde estás?

**J** *(Se levanta del diván y, con un andar un tanto contenido y vacilante, da unos pasos en dirección a Pa;)* Papá, estoy aquí... ¿Qué quieres? ¿Por qué gritas así?

**Pa** *(El padre entra en escena. Viene de la calle y lleva un abrigo y una bufanda. Tiene un aspecto serio, envejecido y tenso)* ¿Qué manera es esa de contestar? Grito porque... ¿Dónde está tu madre?

**J** *(También tenso)* No lo sé, debe haber salido... Estaba estudiando, y cuando estoy estudiando mamá no me distrae para decirme si entra o sale.

**Pa** Cosa que yo sí he hecho, ¿verdad? *(J le mira en silencio, con una actitud un tanto desafiante)* ¿No contestas? *(Hace una pausa y continúa aún más tenso, pero dándole la espalda)* Te crees más listo que nadie, ya lo sé, y no sabes de la misa la mitad...

**J** *(Desafiante e irónico)* Y tú, ¿la sabes toda, la misa...?

**Pa** *(Girándose hacia él, enfadado pero contenido)* ¿Y este tonito burlón, de dónde lo has sacado, señor engreído? ¿No crees que corres mucho para plantarle cara a tu padre?

**J** *(Seco, cortante)* No te planto cara. Solo te contesto con tu tono, el de siempre...

**Pa** ¿Mi tono? ¿Con qué me vienes, ahora?

**J** *(Encendido)* ¡Sí, tu tono, el de siempre, el que contagias a todo el mundo!

**Pa** *(Levantando aún más la voz)* ¡Joan, haz el favor! ¡Tienes doce años! ¿Quién te crees que eres?

**J** *(Muy tenso, hace el ademán de responder gritando, pero, de golpe, la luz que iluminaba al padre se apaga, y él queda en suspenso, con el gesto congelado. Al cabo de un instante, se relaja y, abatido, vuelve al diván y se deja caer en él. La escena vuelve a*

*iluminarse*) Así era cada vez. Todo lo que obtenía de él, cuando obtenía algo, era esto: enfrentamientos breves, algunos gritos... *(Hace una pausa y continua en un tono más bajo, un tanto melancólico)* Mi madre, en cambio, me había dado más vida..., ¡y estaba orgullosa y feliz de los progresos de su hijo...! *(Vuelve a cambiar la iluminación de la escena y se oye la voz de la madre, antes de entrar en escena. Le llama, con una voz alegre).*

**Madre** ¡Joan! ¿Dónde estás, Joan? *(Al entrar, la ilumina la luz intensa y amarillenta).*

**J** *(Se incorpora rápidamente y da unos pasos en dirección a ella. El tono de voz y la expresión son los de un niño)* ¡Estoy aquí, mamá! ¿Dónde estabas? *(Se acercan más, pero no llegan a tocarse).*

**Ma** *(Dulce)* Había bajado a comprar el pan para prepararte el bocadillo. ¿Aún no te has vestido? ¡Vamos, espabila, que llegaremos tarde...!

**J** Sí, mamá...

**Ma** Hoy, cuando venga a buscarte al cole, iremos a merendar a casa de la tía. No hicimos fiesta por tu cumpleaños, pero ella se acordó y te ha comprado una cosa...

**J** *(Impaciente)* ¿Sí? ¿Qué es? ¿Lo sabes?

**Ma** Es un secreto... *(Se ríe)* Quiero decir que no lo sé, es una sorpresa...

**J** ¿Y papá también vendrá?

**Ma** *(De repente, más seria)* No, no vendrá.

**J** ¿Por qué no? ¿Estará trabajando?

**Ma** Sí, Joan, estará trabajando...

**J** *(Serio)* Papá nunca está ... No nos quiere...

**Ma** *(Exclamándose)* ¡No, qué disparate! ¡Qué cosas de decir un niño de cinco años! ¡Claro que nos quiere! *(En un tono tierno)* Papá trabaja mucho, Joan, hijo... No pienses

estas cosas... *(La madre le hace una caricia muy leve en la cara, se da la vuelta lentamente y sale de escena, al mismo tiempo que la luz que la iluminaba se apaga).*

**J** *(Camina de nuevo hasta el diván y, lentamente, se sienta)* Ella me cuidaba, quería protegerme, rodearme de alegría... Hasta que empezó a volverse callada, gris, ausente como mi padre... Es por eso que, tan pronto como pude hacerlo, me cambié el orden de los apellidos y todo el mundo me conoce por el suyo...

**P** ¡Ah, claro! Holzmann...

**J** Sí... Yo sé que mi padre lo vivió como una ofensa, como un menosprecio, a pesar de que, como era habitual en él, no dijo nada.

**P** Y, entonces, ¿cómo lo sabe?

**J** Bueno, era evidente... Además, mi madre me lo contó...

**P** Ah, ¿sí?

**J** ¡Sí, claro! De entrada, me pidió que no lo hiciera, que no le diera aquel disgusto a mi padre, pero yo sabía que, en el fondo, le parecía bien...

**P** ¿Lo sabía?

**J** Sí, lo sabía, no hacía falta que me lo dijera: a mis dieciséis años ya nos habíamos distanciado mucho, pero aún manteníamos cierta complicidad...

**P** *(Levantándose de la silla y exclamando)* ¡Ah! Complicidad... *(Camina en dirección a la puerta y pasa por delante del diván)* Lo dejaremos aquí...

**J** *(Se levanta con una actitud vacilante y de desconcierto. Sigue a P hasta la puerta y dice, como hablando para sí mismo)* Sí, qué sé yo... Complicidad..., quiero decir...

**P** *(Abriendo la puerta y dándole la mano)* Adiós, Joan. Me ha dicho que me pagará el jueves, ¿verdad?

**J** *(Le da la mano y sale, con el mismo aire de desconcierto y casi sin mirarle)* Sí, sí..., el jueves...

*Se apagan las luces de manera gradual pero rápida, con efecto de fundido a negro. La escena queda en silencio mientras se oye, como un rumor lejano, aquella combinación de sonidos de la vida cotidiana. Unos segundos después, las luces vuelven a encenderse lentamente, mientras se oye a J que habla, de nuevo tendido en el diván, y P vuelve a estar sentado en su butaca.*

**J** Ya sé que no me dirá nada, al menos directamente, pero necesito saber hacia dónde vamos... *(En un tono de gran seriedad)* Vuelvo a estar muy angustiado... De hecho, nada más despertar, por la mañana, la angustia ya está allí, esperándome; siento que la tengo pegada al cuerpo, como la ropa que llevaré durante el día... Solo a última hora, cuando me reencuentro con Mónica, tengo unos momentos de paz: nos abrazamos y, durante unos instantes, siento que puedo dejarme ir, que puedo olvidar todo lo que me pesa. De hecho, ella me abraza y yo..., no lo sé, yo me aferro a ella, pero sin fuerza, y siento que es ella quien me sostiene... *(Hace una pausa breve y sigue en un tono más enérgico).*

Pero ¿qué podría esperar? De hecho, estos meses han sido como una tregua, leve, intermitente, nada más que una tregua, que no podía terminar de otra manera... *(Hace una pausa larga y sigue en un tono más sereno).*

Hace casi un año que vengo y, sí, he descubierto cosas, y reconozco que la experiencia vale la pena, pero... la realidad es tozuda y, ahora más que nunca, es implacable, durísima...

**P** La realidad...

**J** *(En un tono languideciente)* Sí, la realidad, esta realidad que cada vez sufre mucha más gente; gente que se hace consciente de lo que está pasando..., pero siento que solo yo sé hasta qué punto no tenemos salida... *(Hace una nueva pausa)* Viniendo aquí he hablado mucho y he tenido algunas sorpresas, es verdad: no soy del todo el que creía que era, y he descubierto que me engañaba respecto a cosas importantes de mi vida: mis padres, la ciencia, las mujeres... *(Hace una pausa).*



Tanto hablar de mi padre y ¿sabe qué? El otro día me vi en el reflejo de un escaparate y, de pronto, me pareció ver a mi padre: las facciones caídas, los ojos muy abiertos, la mirada de sonámbulo...

**P** Sí, se vio haciendo eso: verle a él viéndose usted. Los ojos, la mirada...

**J** *(Hablando muy ausente, como hipnotizado)* La mirada, sí, la mirada de mi padre. Aquel hombre que nunca me miraba a los ojos, como si tuviera miedo de lo que yo vería en él, o de lo que él vería en mí... Él también quiso humillarme más de una vez; como aquel profesor de matemáticas, o como otros adultos que no sabían qué hacer ante el talento excesivo de aquel chiquillo de instituto, o de aquel mocoso que llegaba a la universidad cuando todavía tenía edad de ir en pantalón corto... Mi padre también se sintió ofendido, molesto –¡qué sé yo!–, cuestionado por mi inteligencia, y en más de una ocasión me hizo sentir que más que un motivo de orgullo era un problema, un estorbo, un imprevisto con el que no sabía qué hacer *(Hace una pausa breve y continúa, inquieto)*.

Él cumplía con sus obligaciones, seguía sus rutinas, y así hacía como que estaba vivo, como que su vida tenía algún sentido... Pero su vida era la de alguien que vive mirando a la muerte, pensando en la muerte...

**P** *(En un tono de voz bajo, y como susurrando)* Un hombre que solo vive pensando en la muerte...

**J** *(J queda en suspenso, inmóvil, tocado por las palabras de P. De repente, se levanta del diván con un gesto enérgico y se pone de pie, mirando a P. Tenso, muy crispado, desafiante, grita)* ¡No me venga con juegos de manos! ¡Yo no soy como mi padre! ¡Las cosas que me pasan no tienen nada que ver con las que le pasaban a él, fueran las que fueran!

*(Permanece en suspenso, como esperando una respuesta de P, que le mira inexpresivo, sin moverse de su butaca. Pasado un instante, sigue con el mismo tono airado)* ¡Yo no soy como mi padre! ¡Yo no vivo aplastado por mi pasado, yo no estoy derrotado ni tengo el alma reseca como la tenía él! ¡Yo estoy como estoy porque miro desde más arriba que nadie y veo venir un tsunami que arrasará con todo! ¡Y porque ni siquiera bajar

corriendo a la llanura para avisar a todo el mundo serviría de nada! ¡Yo estoy como estoy porque tengo motivos, porque soy más consciente que nadie, porque no me engaño!

**P** (*Mirándole desde su butaca y hablando lentamente*) Dice que no serviría de nada si lo hiciera..., pero el hecho es que no lo hace, no hace nada...

**J** ¿Cómo he de decírselo? ¡No serviría de nada! ¡La civilización, tal como la conocemos, no tiene futuro! ¡Este maldito planeta se nos quitará de encima como lo que somos, una plaga, un parásito molesto y peligroso!

**P** (*En un tono de cierta dureza*) No estoy hablando ni de la civilización, ni del planeta: estoy hablando de usted, de que usted no hace nada...

**J** ¿Y qué debería hacer? (*En un tono más abatido e inclinando la cabeza y la mirada*) Ya hemos pasado el punto de no retorno, solo queda esperar la cadena de acontecimientos extremos que acelerarán el proceso...

**P** (*En un tono más duro*) Y usted estará allí, en primera fila, gozando del espectáculo... (*Se levanta y se dirige hacia la puerta, marcando el corte de la sesión*).

**J** (*J lo ha escuchado y lo mira, tenso. Cuando P pasa cerca, se encara con él. P se detiene y le escucha*) No me cree, ¿verdad? (*En un tono irónico y duro*) Piensa que son imaginaciones mías, que exagero, que no hay para tanto... Usted no sabe lo que realmente está pasando...

**P** (*P le interrumpe bruscamente, gritando a muy poca distancia de su cara*) ¡Claro que lo sé! ¿Piensa que soy un idiota? (*Se queda inmóvil, mirándole fijamente. J ha quedado paralizado, en total suspenso. Un instante más, y P vuelve a una actitud serena y retoma el camino hacia la puerta. J le sigue. P le abre la puerta y, cuando J va a salir, le detiene y le habla en un tono de total normalidad*) Me tiene que pagar la sesión...

**J** (*J se detiene, desconcertado, y reacciona con movimientos torpes, sacando unos billetes del bolsillo*) Sí, claro..., el dinero...

**P** (*En un tono tranquilo y neutro*) Hasta el martes, Joan.

*De nuevo se apagan las luces de manera gradual, con aquel efecto de fundido a negro. La escena queda en silencio mientras se oye, como un rumor lejano, aquella combinación de sonidos de la vida cotidiana. Unos instantes después, las luces vuelven a encenderse lentamente, mientras se oye a J que habla, sentado en el diván, y P vuelve a estar sentado en su butaca.*

**J** *(En un tono grave, pero sereno)* Fue un sueño extraño, empezando por el hecho de que casi nunca recuerdo mis sueños... *(Hace una pausa)* Camino cargando una mochila muy pesada, y veo venir a una mujer: de lejos, me parece que es Mónica, pero cuando se acerca veo que no es ella. Es una mujer muy guapa, con unos ojos muy claros, y me angustio porque me mira, pero no me ve: su mirada me atraviesa, como si yo no estuviera ahí, como si no existiera... *(J acompaña lo que explica a continuación con gestos de los brazos y las manos).*

Entonces, recuerdo que en la mochila llevo un libro y pienso que puede serme útil. Lo abro y veo que contiene símbolos matemáticos, pero empleados de una manera extraña, y se me ocurre que quizá sea un mensaje en clave que tendría que poder descifrar *(Hace una pausa y, todavía sentado, mira a P, que le escucha con atención).*

**P** Un mensaje que hay que descifrar...

**J** Lo estoy intentando cuando –esto quizás le hará reír...– le veo venir a usted, volando con uno de aquellos ingenios con alas que diseñó Leonardo. Entonces veo que sonrío y le oigo decir “¡Ánimo, Joan, llegará a Bratislava!” *(Hace una pausa, se queda unos instantes en suspenso y retoma la narración del sueño. Ahora ya no mira en dirección a P. Mira hacia delante y, a medida que habla, gesticula y mueve la cabeza de un lado a otro).*

De repente, estoy cruzando un puente, quizás en Japón, y en medio del cauce del río veo uno de aquellos altares sintoístas que honran a la divinidad en cualquier lugar en mitad de la naturaleza. Pienso que es una escena de una gran belleza y me detengo a contemplarla, cuando aparece un hombre con aspecto de reportero de guerra, que se acerca y me dice: “¿Quiere ver lo que he filmado? Es como el fin del mundo”. Me acerca el visor de la cámara y aparecen unas imágenes espantosas: una ciudad bombardeada,

o quizás un campo de batalla... Cuerpos reventados, descuartizados, sangrantes, gritos de dolor, de pánico... Es horroroso, pero no puedo dejar de mirarlo. En aquel momento, oigo que aquel hombre me dice: "Es la batalla del Ebro". Le escucho y pienso que no puede ser, mientras sigo sin poder dejar de mirar aquellas escenas espantosas... *(Muy tenso, se queda unos instantes en suspenso, con las manos levantadas, hasta que se deja ir, y sigue en un tono de abatimiento).*

**P** Sí, no podía dejar de mirar...

**J** Me desperté muy angustiado... Me levanté de la cama, procurando no despertar a Mónica y fui a sentarme en la terraza. Era una noche muy calurosa y me quedé allí hasta el amanecer, intentando "entender" aquel maldito sueño...

**P** ¿Sí? ¿Y qué sacó en claro?

**J** ¡Nada! O casi nada... ya sé que las imágenes de los sueños traducen pensamientos y emociones, pero me sentía incapaz de encontrar algún significado. Quizás a usted le resulte más fácil que a mi...

**P** *(Con una risa muy leve)* ¡No, que va! No hay ningún diccionario en el que ir a buscar el significado de un sueño: solo usted podría encontrarle algún sentido... ¿Qué puede asociar con alguna de las escenas del sueño? ¿Qué le viene a la mente, aunque le parezca que no tiene ninguna importancia?

**J** ¿Qué me viene a la mente? No lo sé... *(Hace una pausa larga)* He recordado la escena del puente, y la frase que me dijo aquel hombre: "Es la batalla del Ebro" ... *(Se detiene de nuevo).*

**P** ¿Sí?

**J** *(Vacilante)* Me ha venido a la mente una escena vivida hace unos años, el día del funeral de mi padre. Creo que no había vuelto a pensar en ella desde entonces *(Se queda en silencio).*

**P** ¿Una escena, dice? ¿Y qué ha recordado?

**J** Es curioso... *(Hace una nueva pausa. Resulta obvio que se siente incómodo)* Su hermano me trajo una carta que mi padre le había enviado poco después de acabar la guerra; desde el campo de refugiados de Argelès, en el sur de Francia, al que fueron a parar miles de republicanos como él.

**P** *(Exclamando)* ¡Ah, una carta!

**J** Sí, mi tío sabía que mi padre y yo estábamos muy distanciados y al dármele me dijo que la había guardado pensando que algún día tendría que leerla. “Quizás te ayudará a entender mejor a tu padre”, me dijo *(Hace una pausa y continúa en un tono más distendido)* La acepté, pero le contesté con un punto de disculpa: “Esto es un poco novelesco, ¿no, tío?”. Él sonrió, se encogió de hombros y me dijo –casi como un psicoanalista, ¿eh?–: “Tómalo como quieras. Las conclusiones solo las podrás sacar tú”. Nos dimos un abrazo y no dijimos nada más... *(Se queda en silencio)*.

**P** Y, entonces... ¿qué decía aquella carta?

**J** *(Camina hasta el diván y se sienta, sin mirar a P en ningún momento)* No lo sé... Al llegar a casa debí guardarla en algún lugar, no recuerdo dónde, y la olvidé...

**P** Bueno, parece que hay un mensaje que espera a ser descifrado...

**J** *(Después de unos instantes de pausa, habla mirando a P)* Algo me dice que aquí se acabará la sesión...

**P** *(Levantándose tranquilamente y avanzando hacia la puerta)* Sí, tiene razón, Joan: lo dejaremos aquí...

**J** *(Se levanta y le sigue hacia la puerta. Antes de llegar, se paran un momento porque J se dirige a P)* Estaré dos semanas fuera. *(Hace una pausa y cuando J le mira, continúa)* Me he incorporado al comité de expertos sobre el cambio climático, y voy a Londres, a las reuniones previas a la Cumbre de Oslo.

**P** Ah... ¿Y cómo ha sido?

**J** Llamé a dos colegas del MIT que ya hace tiempo que forman parte del comité y les dije que me gustaría colaborar...

**P** Ya veo. ¿Y qué le dijeron?

**J** *(Con una leve sonrisa, sin alegría)* Que ya era hora... Al cabo de unos días me hicieron llegar el nombramiento y la convocatoria para las reuniones de Londres. También me han propuesto escribir varios artículos para publicaciones científicas y de divulgación. Y dar conferencias en diferentes universidades... Se lo he agradecido, y no me arrepiento de haber dado este paso, pero ¿sabe qué le digo? No lo hago con entusiasmo...

**P** Pero lo hace...

**J** Sí, pero no me satisface; no lo hago del todo convencido, es como si no fuera yo quien ha dado este paso, como si no supiera por qué lo hago... *(Con cierto énfasis)* Ni a dónde quiero llegar...

**P** *(P lo mira, serio y en silencio. Se dan la mano y J sale, pero antes de cerrar la puerta, P hace un gesto levantando la mano y exclama, sonriente y con mucho énfasis)* “¡A Bratislava, Joan! ¡A Bratislava!

*J se detiene y mira a P, sorprendido. P cierra la puerta sin esperar ninguna respuesta o reacción de J. Mientras camina hacia su butaca, la luz se va apagando y la escena queda a oscuras.*

## ACTO PRIMERO - ESCENA QUINTA

*Se ilumina la escena. Tiene lugar en el estudio/sala de estar de la casa de Joan y Mónica. J está hablando por Skype con Kurt, un colega del MIT. Una pantalla grande, al fondo del escenario, muestra la pantalla del ordenador con la imagen de su interlocutor.*

**J** Sí, ya sé que mi primera intervención en el comité no fue muy bien recibida...

**Kurt** Creo que no acertaste con el tono, Joan. Muchos podíamos estar de acuerdo con una buena parte de lo que dijiste, pero el tono era demasiado... desalentador.

**J** *(Con énfasis)* Pero, Kurt, si en algún lugar se tiene que poder hablar claro, es allí: en el comité que reúne a algunas de las personas más informadas del mundo sobre el cambio climático. *(Hace una pausa y sigue más lentamente)* El tono en el que hablé formaba parte de lo que quería decir y lo que quería decir es que la situación es desalentadora, ¡y que cualquier propuesta sería ha de partir de esta realidad!

**K** Sí, sí, de acuerdo, todos sabemos que afrontamos un problema muy grave, y por eso la prioridad de los últimos años es diseñar políticas para “moderar” los efectos del cambio climático. *(Con énfasis)* ¡Hoy en día, nadie sueña en detenerlo ni en revertir del todo sus efectos, pero somos responsables del mensaje y de las propuestas que Naciones Unidas hace llegar a los gobiernos y a la ciudadanía! ¡No podemos ni siquiera insinuar que no hay nada que hacer, o que todos los esfuerzos que se han hecho y se harán no han de servir para nada...!

**J** Yo no dije eso, Kurt; veo que tú tampoco me entendiste. *(Hace una pausa y sigue en un tono más bajo)* Aunque tampoco dije lo contrario...

**K** Dijiste con todas las letras que no ganaremos esta guerra, que ya la hemos perdido: ¿Es verdad que lo dijiste? ¿Sí o no?

**J** Sí, lo dije...

**K** Y dijiste que tendríamos que evitar del todo expresiones como “salvar el planeta”...

**J** *(Con mucho énfasis)* ¡Claro que lo dije! ¡Somos científicos, no *boy scouts*! ¡Que mentira es esa de salvar el planeta! ¡Se trata, en todo caso, de saber si podremos sobrevivir –y quizás solo una fracción de la humanidad– en las condiciones de vida que pronto tendrá el planeta...! Las que nosotros hemos producido, por cierto...

**K** ¿Eso es realmente lo que piensas, Joan? *(Hace una pausa)* No es el horizonte de acontecimientos con el que trabaja el comité desde que se constituyó, y tú sabes muy bien que no somos precisamente optimistas: hemos estado avisando de los grandes riesgos que comporta el calentamiento global y haciendo previsiones a veces catastróficas...

**J** Lo sé, Kurt, lo sé...

**K** Y no hemos dejado de explicar que las peores previsiones iban cumpliéndose, incluso a un ritmo más rápido del que habíamos previsto... ¡Y no hemos dudado a la hora de exigir cambios en la acción de los gobiernos y en los comportamientos individuales...!

**J** *(Abatido)* Tú y yo sabemos qué poco resultado ha dado todo eso, Kurt... Las grandes potencias hacen declaraciones solemnes que después solo cumplen en parte, o se adhieren a tratados a los que después no aportan los fondos necesarios... *(Hace una pausa breve)* Y en lo que respecta a los comportamientos individuales... Una parte muy pequeña del primer mundo está empezando a cambiar ciertos hábitos, pero ni los países ricos renunciarán a viajar en avión, ni los países pobres dejarán de quemar carbón... No tenemos futuro, Kurt... ¿No te das cuenta de que clamamos en medio del desierto? Incluso nosotros, los expertos..., ¿hemos cambiado de hábitos? ¿Creemos de verdad que lo que pueda hacer cada uno de nosotros detendrá el alud que se nos viene encima?

**K** No lo sé, Joan, pero entonces no entiendo por qué pediste colaborar con el comité... ¿Por qué no te sientas en la puerta de tu casa a esperar el apocalipsis?

**J** *(Esbozando una sonrisa leve y amarga)* Vaya, parece que hayas hablado con mi psicoanalista...

**K** ¿Qué? ¿Qué dices...?



**J** Nada, cosas más... *(Hace una pausa y sigue)* Lo pedí porque creo que tengo que estar en el comité: por mí y por vosotros...

**K** ¿Por nosotros? ¿Qué quieres decir?

**J** Quiero decir que necesito que me escuchen las únicas personas que pueden entender y asumir lo que yo sé. Ya no soporto estar solo con estas certezas: necesito compartirlas. Si me hicierais ver que me equivoco o que estoy loco, ¡qué peso me quitaríais de encima...! Pero yo sé que tengo razón, y es necesario que lo entendáis..., aunque os cause angustia, aunque reduzca las esperanzas que teníais...

**K** *(Con énfasis)* ¡Pero, Joan, lo que planteaste no dejaba lugar a ninguna esperanza! ¿Cómo puedes pretender que te sigamos con planteamientos como el que hiciste?

**J** *(Hace una pausa y le mira, serio)* Estoy seguro de que además de escucharme has leído de arriba abajo el informe que envié sobre el riesgo de encadenamiento de acontecimientos extremos: liberación de grandes cantidades de metano al fundirse los hielos permanentes, alteración de las grandes corrientes marítimas y atmosféricas...

**K** *(Cortándolo)* Sí, lo leí de arriba abajo.

**J** ¿Y qué opinión te merece?

**K** *(Hace una pausa y empieza a hablar en un tono serio y ausente)* Ya sabes lo que pienso, Joan; nos conocemos muy bien. Desde un punto de vista científico, el informe es impecable, excelente. Pones de manifiesto interacciones de una gran complejidad que nadie había podido prever... *(Hace una pausa)* Y que son diabólicamente verosímiles... *(Hace una pausa más larga)* Pero temo que tu lucidez pueda tener un efecto negativo, que acabe siendo contraproducente... No tenemos ninguna herramienta mejor que el comité, Joan. En el mundo hay científicos, políticos y activistas concienciados y muy activos, pero son una pequeña minoría... Solo nosotros tenemos alguna posibilidad de hacernos escuchar, y temo que si tu mensaje cala en la mente de muchos miembros del comité el efecto sea muy desmovilizador...

**J** Pues yo creo que, nos guste o no, hemos de saber cuál es el terreno en el que nos movemos... Dije que no ganaríamos esta guerra, es verdad; incluso que ya la hemos perdido, pero eso no significa que no haya nada que hacer. Debe ser muy cómodo y muy fácil gestionar una victoria, pero los generales de un ejército que está perdiendo una guerra no pueden quedarse de brazos cruzados, esperando el final: hará falta gestionar la derrota, ocuparse de los heridos y los enfermos, proteger a los más débiles, administrar lo que se haya podido salvar, enseñar a vivir de otra manera... Esto es lo que probablemente nos tocará hacer, y cuanto antes nos preparemos para hacerlo, mejor...

**K** (*Moviendo la cabeza nerviosamente*) Joan, Joan, Joan, ¿qué estás diciendo...? Al final será verdad que esperas el apocalipsis... ¡Las pesadillas de la tradición cristiana! Tu informe plantea escenarios plausibles que conviene estudiar y tener en cuenta muy seriamente, pero no puedes estar seguro –¡nadie puede estarlo!– de que esto sea lo que va a suceder...

**J** Si solo fuera el cambio climático... Hace unos años, los problemas medioambientales más graves eran la contaminación, los residuos químicos que pasan a la cadena alimentaria, la deforestación, la lluvia ácida, la extinción de especies, los microplásticos que inundan los océanos... Ahora todos estos problemas han pasado a un segundo plano, pero todavía están ahí, y agravados. No son los siete jinetes del apocalipsis, pero se les parecen mucho...

**K** No sé si hablas en serio... Que yo sepa, siempre has sido ateo...

**J** Y lo soy, pero si algo aportan las religiones son metáforas poderosas, y a veces de una gran belleza... Seguro que conoces aquellos versículos: “Hay un tiempo para vivir, hay un tiempo para morir, de nada sirven nuestros afanes” ...

**K** Sí, del Eclesiastés... Lo leí hace muchos años, en la escuela.

**J** (*Con énfasis*) Kurt, yo no sueño con el fin del mundo (*Se detiene unos instantes y dice, como hablando para sí mismo*) –bueno, creo que no lo hago...–, pero hemos de estar dispuestos a pensar que pueden llegar a pasar cosas impensables... ¡Que nada garantiza que el mundo y la civilización seguirán siendo tal y como los hemos conocido, y que

puede ser que estemos a las puertas de acontecimientos de una gravedad extrema, y que nuestras inercias y nuestros miedos nos impiden verlos venir...!

**K** *(En un tono apesadumbrado)* Joan, seguiremos esta conversación en otro momento. Tengo que ir al aeropuerto... Pensaré en lo que hemos hablado... He de contestar correos de miembros del comité, y algunos son sobre tu intervención en la reunión del martes. *(Hace una pausa y sigue en un tono afectuoso)* Te quiero, buen amigo... Siempre he pensado que eres tan inteligente como buena persona... *(Cambiando a un tono burlón)* ¡Pero en cualquier momento puedo cambiar de opinión, eh!

**J** *(También en un tono afectuoso)* Yo también te quiero, Kurt... Hablamos pronto.

**K** Hasta pronto, Joan: ¡Auf Wiedersehen!

**J** ¡Auf Wiedersehen, Kurt!

*J cierra la conexión y apaga el monitor del ordenador. Después de unos instantes en suspenso, se acerca a la mesa de trabajo y empieza a consultar un documento, pasando páginas lentamente. La luz a su alrededor va disminuyendo, hasta que la escena queda a oscuras, excepto el espacio de la mesa en la que él trabaja.*

*Al cabo de unos instantes, un cañón de luz ilumina un rincón del escenario y se hace visible la figura de un niño que se dirige a él.*

**Niño** *(Reclamando su atención)* ¡Papá...! ¡Papá...!

**J** *(Le mira sorprendido)* ¿Qué dices? ¿Quién eres? Yo no soy tu padre... No tengo ningún hijo...

**N** Sí que eres mi padre: no sé cómo ni por qué, pero sé que eres mi padre.

**J** *(Se levanta de la silla y va hacia él, deteniéndose a cierta distancia. Habla, perplejo y con una cierta incomodidad)* Pero eso es imposible, ¿no lo ves?

**N** ¿Imposible...? No... Por lo que dices a veces, el universo es más complejo de lo que pensamos: quizás hay mundos paralelos a este, y en uno de ellos tienes un hijo y yo te tengo a ti como padre...

**J** ¡Qué sabrás tú de estas cosas! Todo eso son especulaciones, teorías de físicos que intentamos dar sentido a datos desconcertantes...

**N** También podría ser que fueras mi padre en otro sentido...

**J** *(Sorprendido)* ¿En otro sentido? ¿Qué quieres decir?

**N** Hace tiempo dijiste que no querías tener hijos porque no querías traer a nadie a este mundo sin futuro y...

**J** ¿Y...?

**N** Y que sentías que todo lo que les pasaba a los niños de este mundo te afectaba y te concernía...

**J** Sí, es verdad... *(Hablando más despacio, y como si se lo dijera a sí mismo, mientras camina lentamente y queda de espaldas al niño)* Y que esa paternidad imaginaria, inmensa, me abrumaba...

**N** ¿Qué hacías a estas horas? Es muy tarde...

**J** *(Girándose y contestándole en un tono abatido)* Sí, es cierto, es muy tarde, demasiado tarde...

**N** Pareces triste... *(Hace una pausa y sigue)* No me has dicho qué hacías...

**J** *(Mirándole y hablando sin ningún entusiasmo)* Escribo un artículo, y preparo una conferencia que he de dar la semana próxima... *(Hace una pausa, inclina la cabeza y sigue hablando en el mismo tono)* Y sí, supongo que estoy triste, que hace tiempo que lo estoy. De hecho, ya no recuerdo cómo es estar de otra manera...

**N** Me sabe mal... Es por todo esto que dices que pasará, ¿verdad? *(Hace una pausa e insiste)* ¿Es por eso que estás triste?

**J** Sí, claro... Porque me parece injusto que niños como tú no tengan un futuro como el que han tenido otras generaciones...

**N** Y tú querrías que lo tuviéramos, ¿verdad?

**J** (*Mirándole y en un tono más cercano*) Este mundo puede ser un buen lugar para vivir en él, ¿sabes? Incluso allí donde hace mucho frío o demasiado calor, o allí donde el suelo tiembla a menudo, o llueve demasiado o demasiado poco... En todas partes, desde hace milenios, la gente ha encontrado maneras de amar aquel lugar y de hacer allí su vida...

**N** Y si les gusta su mundo y han podido hacer todo eso, ¿no podrán solucionar este problema que dices que hay?

**J** (*Poniéndose tenso*) No, no podrán, porque no es un problema, es..., es..., ¡es una catástrofe, algo inimaginable...! (*Hace una pausa y sigue, abatido*) Y porque los seres humanos han gozado de esta tierra, pero no saben cuidarla...

**N** (*Ingenuo y en un tono implorante*) ¡Pero quizás aprenderán a hacerlo...! Seguro que hay mucha gente sabia... Tú eres un hombre muy sabio...

**J** (*Casi gritando*) ¡No aprenderán! ¡Los hombres no aprenden, no pueden! ¡Tienen delante la verdad y no la ven! (*Hace una pausa y sigue en un tono más bajo*) Y ya estamos en la cuenta atrás...

**N** (*Con un tono más implorante*) ¡Pero quizá cambiarán! ¡Si entienden que tienen que hacerlo, cambiarán...!

**J** (*Le mira a los ojos unos instantes y le habla en un tono más sereno*) ¿Sabes qué dice la gente del campo, acostumbrada a tratar con animales? Dicen que cada bestia tiene su hacer. Y es verdad: lobos, águilas, osos, jabalíes... Cada bestia tiene su hacer, y lo sigue tranquilamente, sin poner en peligro al resto del mundo... El hombre es una bestia extraña: no tiene un camino marcado y acaba destrozando todos los caminos... (*Hace una pausa e inclina la cabeza. Vuelve a mirarle y continúa en el mismo tono*) Y los hombres que vendrán no serán mejores, ¿sabes?

**N** *(Inclinando la cabeza y muy entristecido)* ¿Quieres decir que yo, si llego a este mundo, también seré así? ¿Y que quizá por eso no merezco vivir?

**J** *(Cambiando de tono, desconcertado)* ¡No, no quiero decir eso...! ¡Claro que mereces vivir...! *(Da la vuelta l y da unos pasos, errático).*

**N** *(En el mismo tono triste)* Papá...

*J se detiene y se gira hacia el niño. Inicia el gesto de responder, pero el niño se adelanta a hablar.*

**N** *(Riendo un poco)* ¡Te has girado al llamarte! Ves como sí que eres mi padre...

**J** *(Sonríe levemente)* ¿Y por qué no...? En medio de esta noche atormentada, carcomido por la tristeza, sin saber si sueño, si deliro... oírte reír me reaviva... Pero si fueras mi hijo, no sabría qué cuentos contarte por la noche...

**N** ¿Qué quieres decir? ¿Por qué no lo sabrías?

**J** Porque querría contarte cuentos que siempre acabaran bien... Cuentos en los que quizás habría lobos y brujas y ogros, pero que al final acabarían bien, como todos los cuentos para niños... *(Oscureciéndose, pero con contención)* Y si solo te contara esos cuentos sentiría que te engañaba, que no te preparaba para el mundo en el que tendrías que vivir después...

**N** Pero yo querría que me contaras esos cuentos, que deben dar mucho miedo, y cuando fuera mayor y las pudiera entender podrías contarme esas otras cosas que dices.

*J se queda en silencio e inclina la cabeza, pensativo.*

**N** *(Entristecido)* ¿En qué piensas, papá? ¿En eso en lo que siempre piensas? ¿En que no hay futuro...?

**J** El futuro es..., un sueño del ser humano, una invención... Puede ser muy útil: pensar que siempre habrá un mañana en el que las cosas serán mejores, más fáciles... Pero es un sueño... ¿Sabes cuál es el verdadero futuro? Dentro de dos mil millones de años el Sol se colapsará y la órbita de la Tierra decaerá hasta estrellarse en él. ¿Dónde estará

entonces nuestro futuro? ¿Dónde estarán todos los futuros que hemos imaginado, temido o deseado? ¿Dónde estarán todas nuestras preocupaciones y todas nuestras alegrías?

**N** *(Muy serio)* Este cuento da mucho miedo, papá, aunque no salgan brujas, ni ogros, ni lobos...

**J** *(Muy serio)* Es que no es cuento, son previsiones científicas...

**N** *(Cortándolo y levantando la voz)* ¡Sí que lo es...! ¡Es un cuento de miedo, un cuento espantoso! ¿No tienes bastante con pensar en todas esas cosas terribles que dices que pasarán?

**J** *(Contrariado y tenso)* ¡Es que pasarán, tanto si lo digo como si no! ¡Qué más da que lo piense o no...! ¡No me hagas responsable...!

**N** *(Abatido)* Si no tendremos futuro, si no puedes pensar en otra cosa..., no sé si quiero que seas mi padre... No sé si quiero ser un niño en este mundo tuyo...

**J** *(Abrumado, sin encontrar las palabras, se gira y vuelve a dar unos pasos, errático)* Yo..., yo querría..., quién sabe..., quizás todavía estemos a tiempo..., no lo sé... *(Girándose hacia el niño)* Puede que tengamos un futuro, aún... *(Acaba de girarse hacia él, pero la luz se ha apagado y la imagen del niño ha desaparecido. Queda totalmente en suspenso, inmóvil. Da algunos pasos más, en silencio, hasta que vuelve a detenerse, cerca de donde estaba la imagen del niño. Habla lentamente, abatido, pero muy sereno)* Qué extraño, todo... No sé si estoy despierto o sueño..., pero esta soledad helada, sin piedad *(Acompañando las palabras con gestos)* ninguna pesadilla es tan cruel... *(Hace una pausa, de nuevo inmóvil y con la mirada fija en algún punto, como reflexionando. Finalmente, habla, en un tono más sereno)* Hay un tiempo para vivir, hay un tiempo para morir, de nada sirven nuestros afanes... *(Camina hasta la mesa, se sienta y, después de una breve pausa, se sumerge en el trabajo).*

*Al cabo de unos instantes, la escena queda a oscuras.*

*Fin del primer acto.*

## ACTO SEGUNDO – ESCENA PRIMERA

*En la consulta del psicoanalista. Están P y una periodista que ha ido a entrevistarle, sentados cara a cara en dos butacas. Ella es una mujer negra, joven. Es una conversación distendida, incluso cordial, a pesar de la seriedad de los temas que presumiblemente han tratado.*

**Periodista** No le entretendré mucho más. Ha sido muy amable dedicándome este rato...

**P** No hace falta que me lo agradezca: es un placer recibirla y contestar a sus preguntas.

**Pe** Aún tengo que pedirle algo más. El fotógrafo del periódico no ha podido venir y me hacen falta una o dos fotos para ilustrar la entrevista. Si no le importa, se las haré yo misma...

*A lo largo de la conversación, Pe le propone a P colocarse en diversos lugares de la consulta y le hace unas cuantas fotos. Estos movimientos por el escenario escanden el curso de la conversación.*

**P** No, claro, no me importa, pero, la verdad, no lo veo necesario... Me gusta pensar que a sus lectores les pueda interesar lo que hemos estado hablando, pero dudo mucho de que les pueda interesar mi aspecto... Me parece que nuestra sociedad es demasiado visual, que estamos demasiado fascinados por las imágenes y que la palabra pierde protagonismo...

**Pe** Pero eso es muy difícil de cambiar, ¿no cree?

**P** *(Enfático)* ¡Por supuesto! ¡No me propongo cambiarlo, se lo aseguro...! Constató que eso forma parte de cómo son las cosas ahora. Pero eso no quiere decir que me parezcan bien, ni que me encuentre cómodo... De todas formas, me prestaré amablemente a la sesión de fotos: ja ve que soy dócil...

**Pe** Mhh..., no sé... ¿Está seguro? He entrevistado a personas muy diversas y he de decirle que a estas alturas no me impresiona casi nada, pero ir a hablar con un psicoanalista es



diferente... Le parecerá un tópico, pero es inevitable pensar que te analizará, que sabrá cosas de ti...

**P** ¿Y le ha parecido que yo lo hacía?

**Pe** Usted me ha parecido muy amable..., pero seguro que ya sabe cosas de mí que no me dirá, por más que diga que es una persona dócil... ¡Me parece que los psicoanalistas no son precisamente dóciles...!

**P** Bueno, no lo sé, no los conozco a todos, pero ¿por qué tendríamos que serlo? Según como, ¡nadie tendría que serlo...! Una cosa es ser civilizado, respetar las convenciones que hacen posible la vida en común, pero la obediencia, la pasividad social, ¡no me parecen nada recomendables!

**Pe** ¡Lo ve! ¡Así es como estaba segura de oírlo hablar! Lo que no entiendo es por qué no tienen más presencia en el debate público: tenemos una crisis social, de valores, ecológica... Y no hay muchos discursos que aporten verdaderas soluciones...

**P** No se confunda: el psicoanálisis no es un partido político, ni un movimiento social, ni nada que se le parezca: no tenemos una ideología, ni un ideal de vida, ni un modelo social que ofrecer. El psicoanálisis se dirige a sujetos, uno por uno...

**Pe** *(Con énfasis)* ¡Pero Freud escribió mucho sobre cuestiones sociales! La profesora de filosofía que tuve en segundo de bachillerato nos hizo leer “El malestar en la cultura” y me pareció un libro extraordinario.

**P** Sí, claro que sí. La obra de Freud cambió la mentalidad de toda una época, se infiltró en toda la cultura occidental, y está presente hasta en el lenguaje común. ¡Cuando alguien tiene un lapsus revelador, todo el mundo dice que “le ha traicionado el inconsciente”!

**Pe** Sí, como aquel político que dijo *(En un tono enfático y burlón)* “Hemos trabajado mucho para saquear adelante este país” *(Se ríen los dos)*.

**P** O aquella periodista que hablaba de “la plurifelación de locales nocturnos...” *(Se ríen de nuevo)* Son momentos en los que alguien se encuentra diciendo algo que, en cierta

manera, sabía, pero no quería decir. Pero son más interesantes los lapsus en los que alguien dice algo sorprendente, algo que no sabía de sí mismo y que, de entrada, le resulta muy enigmático...

**Pe** ¿Y por qué le parecen tan interesantes?

**P** Porque son verdaderas puertas de entrada al inconsciente, a aquello que ignoramos de nosotros mismos. De hecho, nuestra vida consciente se organiza en torno al rechazo de aquello que no aceptamos en nosotros mismos, y lo ignoramos tanto como podemos. ¿Qué cree que hay en juego en el racismo, por ejemplo?

**Pe** ¿Qué hay en juego? Le puedo decir lo que yo he vivido, porque mis padres son de Burkina Faso y yo he nacido aquí, pero lo he sufrido igual que ellos: rechazo y en ocasiones odio, un odio incomprensible...

**P** Sí, así es... Rechazamos y odiamos en el otro algo que siempre asociamos a su goce – aquello que come, su manera de hablar, sus costumbres, su sexualidad...–, pero que, en realidad, nos remite a algo que no aceptamos como propio, que no se adecua a los ideales con los que nos presentamos ante los demás...

**Pe** ¿Ve como ya estamos yendo a cuestiones sociales, al malestar en la cultura?

**P** Por supuesto, no tendrá que convencerme de eso, pero el psicoanálisis puede ayudar a alguien a “curarse” de su odio al otro aceptando aquello que es extranjero en uno mismo, pero no puede erradicar el racismo de una sociedad.

**Pe** Ojalá pudiera... El racismo, la violencia contra las mujeres...

**P** Una modalidad de racismo, sin duda.

**Pe** (*Sorprendida*) ¿Por qué? ¿Qué quiere decir con eso?

**P** Está muy claro... los hombres que odian i agreden a una mujer funcionan como los racistas violentos: odian algo en el goce femenino, algo que es específico de la manera de estar en el mundo de una mujer, y se defienden intentando controlarlo... Algo que, como en el racismo, evoca alguna cosa ignorada en uno mismo...

**Pe** No estoy segura de entenderlo del todo, pero me parece una idea interesante...

*En ese momento suena el timbre de la puerta.*

**P** *(Mira el reloj y se muestra un tanto apresurado)* Veo que ya son las cuatro, y llega una persona que viene a sesión.

**Pe** *(Levantándose y recogiendo sus cosas con cierta precipitación)* Lo siento, le he entretenido demasiado... ¡Me marcho enseguida!

**P** *(También levantándose)* Ha sido una conversación muy agradable *(Mientras caminan los dos hacia la puerta)*.

**Pe** Quizá podríamos retomarla en algún momento. Me han quedado muchas preguntas en el aire...

**P** Por supuesto: en otro momento.

*Llegan hasta la puerta, se dan la mano y P abre.*

**Pe** Adiós, ha sido un placer...

**P** Gracias..., adiós...

*Sale Pe y entra J*

**P** *(Invitándole a entrar)* Adelante, Joan...

*P camina hasta su butaca y se sienta. J avanza hasta la altura del diván, pero se queda de pie, sin tumbarse. Cuando P le mira, J habla, con un aire un tanto ausente.*

**J** Hoy..., prefiero no tumbarme en el diván... Me sentaré aquí *(Señala la butaca en la que antes estaba sentada Pe)*.

**P** *(P ha captado que sucede algo inusual, adopta una actitud de escucha muy atenta y le responde con cierta calidez)* Sí, claro, siéntese.

*J se sienta y queda en silencio. Es obvio que está bloqueado y no puede hablar. Se le ve alterado, tenso.*

**P** *(Habla, captando la dificultad del momento, con énfasis, pero en un tono afable)* Sí, ¿qué hay, Joan? ¿Qué sucede?

*J quiere hablar y no puede. Mira a P y cuando parece que podrá hacerlo, estalla en un llanto intenso y desgarrador, tapándose la cara con las manos.*

*P está impactado y sorprendido, pero mantiene una actitud serena. Espera unos instantes y vuelve a hablar con énfasis y procurando ser empático.*

**P** Serénete, Joan, serénete... ¿Qué pasa? ¿Puede contármelo? *(Se queda en silencio, sabiendo que J necesita tiempo para poder hablar).*

*Gradualmente, J puede detener el llanto hasta que, al cabo de unos instantes, saca un pañuelo, se seca un poco las lágrimas, se queda en silencio mirando al suelo y, finalmente, mira a P y le habla, con una voz átona, rota.*

**J** Mónica está enferma... *(Inclina la cabeza y vuelven a caerle algunas lágrimas, pero ahora sin llanto. P le escucha atentamente).*

**P** ¿Enferma? ¿Qué le pasa?

**J** *(Mira de nuevo a P y habla en un tono de voz que ya se parece más al suyo).* Una enfermedad muy grave... Una neoplasia, maligna... Hace días que tenía un dolor persistente que no se calmaba con analgésicos. El domingo por la tarde fuimos a urgencias...

**P** Pero, ¿y el pronóstico? Hoy en día muchos cánceres se curan...

**J** *(Le mira un instante en silencio y dice, inclinando la cabeza)* No tiene tratamiento... Es un tumor muy agresivo y ya ha hecho metástasis: en el pulmón, el hígado... *(Vuelve a inclinar la cabeza, al no poder contener el llanto, que le vuelve a brotar, pero con menos intensidad. El llanto se va convirtiendo en un gemido que, al final, se detiene. J hace un esfuerzo para sobreponerse, levanta la cabeza, se endereza y, después de pasarse el pañuelo por la cara con un gesto rápido, retoma el diálogo con P, que sigue muy pendiente de él)* No tiene cura... Mónica vivirá unos pocos meses más: cinco, seis meses; un año, quizás...

**P** (*Mostrando mucho interés*) Dice que fueron el domingo a urgencias: hoy es viernes y ¿ya saben tanto sobre su estado...?

**J** (*Hace una pausa antes de hablar*) Lo sé yo... Mónica sabe una parte... En la primera prueba que le hicieron, una simple radiografía, ya se veía el tumor, y el médico, sabiendo que Mónica también lo es, se limitó a enseñarle la placa y decir “Hemos encontrado esto...”. Mónica lo miró, se miraron los dos..., y supe que era algo muy grave... (*Mira a P y hace una pausa. Después, habla, ausente, sin mirarle*) Cuando el médico salió, Mónica y yo nos abrazamos, sobrecogidos, extraños, como si más que miedo tuviéramos frío, como si aún no entendiéramos lo que pasaba... Y es verdad, aún no lo entendíamos, o no queríamos entenderlo... (*Se queda en silencio*).

**P** (*Con énfasis, para invitarlo a continuar, pero con mucho tacto*) ¿Qué más, Joan? Explíqueme, ¿quiere?

**J** (*Retoma, lentamente*) El lunes por la mañana la acompañé a que le hicieran un TAC, y me pidió que fuera yo a buscar los resultados. Se daba cuenta de que el hecho de ser médica no la ayudaba, le hacía más difícil tomar una mínima distancia con lo que le estaba pasando. (*Hace una pausa e inclina la cabeza. Vuelve a mirar a P y continúa*) Mónica es una mujer muy valiente, se lo aseguro, pero piensa que para encarar todo esto –las pruebas, los tratamientos, los efectos secundarios...– tiene que poder tomar cierta distancia y no pretender saberlo todo. ¿De qué te sirve saber que, en un caso como el tuyo, se curan el veinte, el cuarenta o el setenta por ciento de los enfermos? ¿Es una buena noticia? ¿Es muy mala? Las estadísticas son muy útiles para los médicos, pero no para los enfermos, y ella me ha insistido en esto: no quiere saberlo todo. Quiere confiar, hacer el tratamiento, esperar...

**P** Entonces, ¿fue a buscar los resultados de la prueba?

**J** (*Le mira, serio*) Sí. Enfermedad diseminada, en fase tres, con afectación de ganglios y diversos órganos vitales. Inoperable y sin posibilidad de curación. (*Hace una pausa e inclina la cabeza*) Desesperado, invadido por la angustia, busqué información en internet y leí hasta la madrugada: treinta o cuarenta artículos recientes sobre los posibles tratamientos. No hay nada que hacer: en el mejor de los casos, alargar unos

meses la vida... Y sí, algunos tratamientos nuevos, muy prometedores, pero todavía en fase de estudio...

**P** *(También serio)* Usted sí quiso saber...

**J** Sí, quise saber; y, una vez más, la verdad me ha hecho mucho daño...

**P** ¿Dice que hay tratamientos nuevos, en estudio?

**J** Sí tratamientos en base a la genética de cada tumor, o que ayudan al sistema inmunitario a detectar las células cancerosas. En algunos tumores ya dan buenos resultados, pero en el caso de Mónica todavía no hay un tratamiento efectivo. *(Hace una pausa y sigue, con la mirada perdida)* Es probable que, dentro cuatro o cinco años, un fármaco nuevo permitirá curar a personas que estén en la situación en la que ella está ahora... ¿Se da cuenta? Este pequeño margen de tiempo es la diferencia entre la condena a muerte y la curación... *(Mira a P, inclina la cabeza y, moviéndola como en señal de negación, sigue hablando)* Me resulta insoportable, no sé hacerme a la idea. *(Poniéndose tenso y levantando el tono de voz)* ¡No puedo aceptarlo...! *(Mira a P, se rompe de nuevo y arranca el llanto, mientras inclina la cabeza y se tapa cara con las manos).*

**P** *(En un tono sereno)* Para todo esto le hará falta tiempo, Joan...

**J** *(Las palabras de P le ayudan a recomponerse, casi de golpe. Detiene el llanto, se endereza y mira a P)* Sí, el tiempo que tanto me obsesionaba, el tiempo que no dejaba de pensar que ya no teníamos, todos... Y ahora, el único tiempo que parece tener sentido es este: el de Mónica, el nuestro...

**P** Y ella, ¿cómo está?

**J** *(Después de una pausa)* Serena... Preocupada, claro, pero muy serena. *(Hace una pausa breve)* No sé si podré, ¿sabe?

**P** ¿Qué quiere decir?

**J** Que no sé si podré acompañarla, estar a su lado..., de la buena manera... Todo lo que vendrá a partir de ahora será muy duro, todo lo que le tocará pasar será doloroso, triste... Y no sé si lo soportaré, no sé si tengo la madera que hace falta para hacerlo...

**P** Usted la quiere, los dos se quieren...

**J** Sí, es verdad, yo la quiero, y quiero estar con ella pase lo que pase, pero..., usted no puede hacerse a la idea... *(Se levanta y da unos pasos por la consulta, como si no supiese a dónde ir, ni qué hacer con su cuerpo)* No es solo que sufra por ella... Es como una pesadilla de la que no puedo despertar... O como un naufragio en alta mar... Y en estos casos no acostumbra a salvarse nadie... *(Mirando de nuevo a P)* No quiero morir, no me entienda mal... Pero no quiero engañarme: mi vida no será igual. Yo vivía angustiado – usted lo sabe mejor que nadie– pero Mónica aún me hace sentir vivo, me rescata de mis infiernos... Ahora..., lo que tenía ya lo he perdido, y lo que venga después no sé qué será, pero será otra cosa, otra vida...

**P** *(Se levanta nada más oír la última frase de J y, de pie, se dirige a él, mirándolo)* Sí, Joan, será otra vida... *(Comienza a caminar hacia la puerta, en actitud de dar por acabada la sesión).*

**J** *(Le sigue y, de camino hacia la puerta, se detiene y se dirige a P, pero sin mirarlo, como si hablase consigo mismo)* Es extraño... No había podido llorar hasta ahora..., y ha sido llegar aquí y...

**P** *(Sigue hasta la puerta, la abre y, al salir J, le da la mano, manteniéndola estrechada unos instantes. Mira a J a los ojos y le habla, con proximidad y calidez)* Ánimo, Joan... Le espero el jueves.

*J sale y P cierra la puerta y se queda cabizbajo unos instantes, sosteniendo el pomo de la puerta. Camina hasta el centro de la sala y, a medio camino, se detiene y permanece serio y pensativo, afectado. La luz se va apagando gradualmente hasta que la escena queda a oscuras.*

## ACTO SEGUNDO – ESCENA SEGUNDA

*La escena tiene lugar en el estudio/sala de estar de Joan y Mónica. Se ilumina la escena y, Mónica, sentada en el sofá, está hablando por teléfono con una amiga. Tiene un aspecto desmejorado y se cubre la cabeza con un pequeño turbante porque le ha caído el cabello a consecuencia de la quimioterapia.*

**M** *(Con cierta vehemencia)* ¡No pienses más en eso, Judith! Sé perfectamente que si no has venido antes es porque no has podido... Ya me dirás: viviendo en Melbourne, trabajando, y con gemelos de menos de dos años, ¿cómo ibas a dejarlo todo para venir a Barcelona a verme?

-----

**M** Sí, claro que me hubiera hecho ilusión que vinieras, pero también me habría parecido una barbaridad y me habría dolido que hicieras ese esfuerzo, de verdad... ¡Estoy muy contenta de que vengáis a pasar unos días en Barcelona y que podamos vernos...! Ya debes tener ganas de ver a tus padres, a tus hermanos...

-----

**M** *(En un tono más bajo)* Yo, ir tirando... Pronto hará un año del diagnóstico y, la verdad, me parece que estoy en el momento más bajo... Al principio, probaron con tratamiento nuevo, pero me afectó al páncreas y acabé ingresada en el hospital dos semanas...

-----

**M** Sí, fue un buen susto... Y la decepción de saber que no podría evitar la quimio: llevo ya seis meses con el tratamiento...

-----

**M** Pues seguro que podría ser peor, pero... ¡No te asustes cuando me veas! ¡Estoy hecha un cromó, de verdad!



-----  
**M** *(Con énfasis)* ¡Sí, claro, se me ha caído el cabello...! ¡Y tengo unas ojeras como si hubiera estado de farra toda la noche! Y me canso mucho, sobre todo los días de después de la quimio... No quiero ni mirarme al espejo... Parece que me hayan echado diez años encima...

-----  
**M** ¿Joan...? Es un sol... *(Se ríe)* No hace más que decirme que estoy guapísima... No me lo creo, pero me gusta que me lo diga... Si no fuera por él, todo esto sería mucho peor... Viaja mucho, pero siempre se organiza para pasar el máximo de tiempo conmigo. Ahora debe de estar a punto de llegar de Praga: al acabar la reunión me ha enviado un mensaje diciendo que tomaba un vuelo a media tarde y que estaría en casa a la hora de cenar...

-----  
**M** Sí, mi hermana me acompaña a las pruebas que me tienen que hacer cada tanto, pero él viene conmigo cuando he de ir a tratamiento o a una visita con la oncóloga, y yo se lo agradezco, la verdad; son momentos en los que me siento muy vulnerable... Y eso que a menudo me encuentro con compañeros de la carrera y todo el mundo me trata muy bien, pero... es muy duro... Estás allí y, en definitiva, lo que está en juego es tu vida, tu cuerpo... *(Con énfasis)* ¡Esto es la primera vez que lo cuento, eh! Y te lo cuento porque tú y yo nunca hemos tenido secretos...

*Se abre una puerta, a la derecha del escenario, y entra Joan, que viene de la calle, arrastrando una maleta con ruedas y cargando un portafolios que deja sobre una mesa. Ve que Mónica está hablando por teléfono y, sin decir nada, hace el gesto de enviarle un beso con la mano.*

**M** ¡Mira, ahora llega Joan!

-----  
**M** *(Dirigiéndose a él)* Hablo con Judith, que te manda un abrazo...

**J** ¡Igualmente! Y recuerdos a Jofre...

-----

**M** (*Dirigiéndose de nuevo a él*) Dice Judith que ya te ha oído, y que nos veremos pronto...

-----

**M** De acuerdo, hablamos en otro momento. Besos para todos: para ti, para Jofre, para los niños... ¡Tengo muchas ganas de verlos!

-----

**M** ¡Adiós, hablamos pronto...!

*Cuelga, deja el móvil y se levanta para ir a abrazar a Joan, que también avanza hacia ella, extendiendo los brazos. Se abrazan con suavidad y ternura. En el momento de encontrarse, ella apoya la cabeza en el pecho de Joan y la inclina, como buscando refugio en su cuerpo.*

**M** (*En voz baja*) Hola, mi amor...

**J** (*También en voz baja, pero animoso*) ¡Hola, guapísima...! ¿Cómo estás?

**M** (*Manteniendo el abrazo y aferrándose todavía más a él, contesta en un tono de voz tierno*) Ahora mismo, muy bien... ¿Podemos quedarnos así un rato...?

*Se ríen los dos, deshacen el abrazo poco a poco y se miran.*

**M** (*Sonriente, pero fingiendo que se pone serio*) ¡Venga, ya está bien de hacer teatro...!

**J** (*Él, también sonriente*) Me gustas cuando haces teatro... (*Fingiendo que reflexiona*) De hecho, me gustas siempre, ¡pero cuando haces teatro, eres irresistible!

*Se ríen los dos, vuelven a abrazarse y se besan, prologando el abrazo. Después, se miran, vuelven a deshacer el abrazo, caminan hasta el sofá y se sientan.*

**M** Judith llega el miércoles, con Jofre y los niños. Estarán aquí quince días y decía de vernos este fin de semana.

**J** De acuerdo; por mí, perfecto. También tengo ganas de verlos.

**M** Lo malo es que el jueves tengo quimio y el fin de semana estaré planchada... Pero son los días que a ellos les iban bien...

**J** Caramba, es verdad, podemos decirles que vengan a comer el sábado o el domingo, y quizá sin los niños, no vaya a ser que te agobien mucho...

**M** ¡No, de ninguna manera! ¡Que vengan con los niños...! Tengo muchas ganas de verlos: Judith me ha ido enviando fotos y algún vídeo, y están guapísimos... No te preocupes, no me agobiarán...

**J** De acuerdo, como tú quieras... (*Hace una pausa y la mira, pensativo*) ¿Echas en falta a los niños? ¿A tus pacientes?

**M** No, no es eso... (*También pensativa*) No lo había pensado, pero... Fue todo tan inesperado... Pasar de trabajar ocho horas al día –niños, padres, visitas mañana y tarde– a, de un día para otro, dejarlo todo, estar de baja... Es un corte tan brusco...

**J** (*Serio, un poco ausente*) Sí, de un día para otro...

**M** Y, de golpe, cambiar de vida: ahora todo es este trasiego de pruebas, tratamientos... (*Cambiando de tono, más animosa*) Bueno, quiero decir que no añoro a mis pacientes – o quizá sí...–, ¡pero que quiero ver a los hijos de Judith, te lo juro!

**J** (*Riéndose*) ¡No hace falta que lo jures! Ya sé cómo los quieres...

**M** (*Más seria y cercana*) ¿Cómo ha ido en Praga, Joan? Cuando hablamos ayer por la noche era tarde, estábamos cansados y no te pregunté nada...

**J** (*Resoplando*) Bufff... ¿Quieres la versión oficial o la verdad?

**M** La versión oficial ya la he leído esta mañana en el periódico: los trabajos previos a la Cumbre de Brighton avanzan según lo previsto...

**J** Exacto: todo lo contrario de lo que realmente pasó. El grupo de expertos está más cohesionado, y casi la mitad me escuchan ahora mucho más que hace unos meses, pero

los gobiernos no se mueven. De hecho, Estados Unidos y Rusia dan pasos atrás; y la Unión Europea... La mitad de los países miembros incumplen las resoluciones sobre cambio climático: ¡las del Parlamento Europeo!

**M** ¡Que barbaridad...! ¿Y qué pasará en Brighton?

**J** ¡No lo sé! *(Cambiando de tono: un poco ausente)* De hecho, no sé si lo veré...

**M** *(Enérgica)* ¿Qué quieres decir? ¡No estarás pensando en dejarlo?

**J** *(Sorprendido por el tono de ella)* No exactamente, pero... Es una lucha contra unas inercias brutales... A veces tengo la impresión de que somos hormigas intentando mover una montaña. *(Hace una pausa)* Y, además, en nuestra situación, con los meses de tratamiento que tenemos por delante...

**M** *(Muy enérgica)* ¡Eso no, Joan!

**J** *(Más sorprendido)* Pero, Mònica...

**M** *(Interrumpiéndole)* ¡No, Joan, no quiero ni oírtelo decir! ¡Me duele mucho que pienses eso! ¡Me duele mucho que lo digas!

**J** *(Intentando calmarla)* Pero, Mónica, tenemos que ser realistas...

**M** *(Interrumpiéndole de nuevo)* ¡Precisamente! ¡Ser realistas quiere decir no engañarnos...!

**J** *(Molesto)* ¿Me estás diciendo que me engaño? ¿Qué hago una excusa de tu enfermedad...?

**M** *(Hace una pausa, respira y retoma en un tono más sereno y que quiere ser afectuoso)* Joan, amor mío... No solo eres el hombre al que quiero: eres un hombre al que admiro como a pocos, quizás como a nadie... Sé que llevas un peso muy grande sobre tu espalda y que tienes derecho a dudar, a cansarte, a tener ganas de huir...

**J** *(Serio)* Crees que quiero huir, ¿verdad?

**M** Creo que eres un ser humano, y que podrías ser tan frágil como cualquiera, pero que no te lo puedes permitir, y tú lo sabes... Tienes un camino, Joan, y lo debes seguir...

**J** (*Triste*) Un camino... Parece que hables de un destino, de haber venido a este mundo con una misión... Y en la vida todo es más azaroso, Mónica, todo es contingente, cambiante, y sin mucho sentido...

**M** (*Cortándolo de nuevo*) Ya sé que no está escrito en ninguna parte, pero es tu camino porque tú lo has escogido... ¡Tu lugar está allí, Joan! ¡Me pase lo que me pase a mí...!

**J** (*Inclinando la cabeza*) No digas eso, Mónica...

**M** (*De nuevo, enérgica*) ¡Claro que lo digo! (*Pausa*) Nada me gusta más que estar contigo, pero..., esté yo como esté, tienes que seguir, tienes que luchar, Joan...

**J** (*Ausente*) Sí..., luchar no es fácil... Y la tentación de dejarlo siempre está ahí, tienes razón... Si pudiese olvidarlo todo, marcharme sin dar ninguna explicación... (*La mira y esboza una sonrisa triste*) Pero, es verdad, tengo que estar ahí... (*Ella se acerca más y le acaricia la cara*) Luchar... Siempre rehuí las peleas, y desde muy joven pensaba que era más bien cobarde, ¿sabes? Cualquier clase de violencia me producía una inquietud muy grande, un miedo intenso y paralizador... Pero he descubierto que no era por miedo al otro, al daño que pudiesen hacerme... Era miedo a mi propia violencia, a la rabia que se apoderaba de mí en aquellos momentos... Miedo de lo que sería capaz de hacer...

**M** Pero, Joan, tú no eres un hombre violento...

**J** No, no lo soy... No he hecho daño a nadie, no he matado a nadie, con estas manos, al menos...

**M** Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con las luchas en la comisión? ¿Con tus luchas diarias?

**J** No lo sé, Mónica, no estoy seguro... Pero a veces siento que callo en un momento decisivo, o que no soy lo bastante convincente cuando más tendría que serlo, o que me doy por vencido justo antes de dar un paso que, quizás, forzaría una decisión

importante... Me pongo palos en las ruedas y, por más que sepa que algo en mí me empuja a hacerlo, no puedo evitarlo...

**M** Pues no es la imagen que das, ni lo que dicen de ti otros miembros de la comisión: creo que más bien tienes fama de ser duro y muy beligerante...

**J** Sí, no lo dudo... Supongo que hay que estar dentro de mi cabeza para percibirlo: puedo ser duro, beligerante..., hasta que me detengo, hasta que llego a un punto que me hace retroceder...

**M** *(Con énfasis)* ¡Joan, me estás hablando de reuniones al más alto nivel, en las que están en juego cuestiones de una gravedad y una trascendencia extremas...! ¿Cómo no iban a producirse tensiones? ¡Es imposible que no lo vivas con sufrimiento, con vacilaciones, con momentos de desfallecer...!

*J la mira en silencio.*

**M** *(Inclinando la cabeza)* Sí, ya sé que me hablas de otra cosa, de una vivencia personal que solo tú puedes percibir... Y que mis ejercicios de sentido común no te ayudan mucho...

**J** *(Muy cercano y afectuoso)* Tú siempre me ayudas...

Se miran un instante con complicidad y se dan un beso.

**M** *(Después de un momento de silencio, mirándose)* Es tarde, y debes estar cansado... ¿Has cenado?

**J** Sí, he comido algo en el avión. ¿Y tú?

**M** Te esperaba para cenar, pero la verdad es que estoy muy cansada... ¿Te importa si me voy a dormir? Mañana a las nueve tengo que estar en el hospital...

**J** Es verdad: toca hacer un TAC... ¿Te acompañará tu hermana?

**M** Sí, pasará a buscarme a las ocho y media.

**J** De acuerdo, yo me quedaré un rato contestando unos correos y en media hora me voy a dormir.

**M** Buenas noches, mi amor..., hasta mañana.

**J** Buenas noches, *(Con intensidad y sonriendo)* ¡guapísima...!

*Mónica le responde con una sonrisa y se va. Joan se sienta en la mesa de trabajo, abre el correo y empieza a escribir, mientras la luz de la sala va bajando de intensidad hasta quedar a oscuras, excepto la mesa de trabajo, que sigue iluminada. Al cabo de unos instantes, en los que se oye el sonido del teclado del ordenador, un foco de luz hace aparecer una imagen holográfica. Es Mónica, que mira a Joan, con una actitud seria pero muy natural, sin ninguna afectación. Joan deja de escribir y se queda un instante en suspenso, como percibiendo su presencia. Se gira lentamente y se detiene al verla, entre alegre y sorprendido.*

**J** ¡Mónica...! *(Ella le mira, pero no responde. Él se incorpora e inicia el gesto de acercarse, pero ella lo detiene con gesto de la mano y hablándole).*

**M** No, Joan, no vengas... No soy Mónica: soy un sueño, un ser de palabras, una imagen fugaz...

**J** *(Sorprendido)* Pero, Mónica... ¡Eres tú! Te veo, te oigo... ¿Qué quieres decir?

**M** Quiero decir que ahora somos y no somos tú y yo... Somos los que sabemos lo que hace un momento ignorábamos... O fingíamos ignorarlo...

**J** *(Tenso, confundido)* ¿Qué sabemos? ¿Qué fingíamos? No te entiendo...

**M** *(Tierna, conmovida)* Pobre Joan, amor mío... Tanto esconder la verdad, tanto contar medias mentiras, que ya no sabes qué es qué...

**J** *(Inclinando la cabeza)* Todo lo hago por ti, Mónica... Porque entiendo que no quieras saberlo todo... Y lo respeto...

**M** *(Como ausente)* Sí, lo he dicho tantas veces... No quiero que me engañen, pero no quiero que me torturen con la verdad...

**J** (*Mirándola ahora intensamente*) ¡Y siempre lo tengo presente, porque tienes derecho a decidirlo!

**M** Y tú sabes cómo te lo agradezco, Joan... Me gustaría tener otra vida para demostrártelo... (*Emocionándose*) O, al menos, un poco más de tiempo en ésta...

**J** (*Suplicando*) Pero, Mónica, ¿qué dices? Tienes tiempo, mucho tiempo...

**M** (*Cortándolo*) ¡No, Joan! ¡Digámonos la verdad: la que tú me escondes, la que me escondo a mí misma...

**J** (*Llorando*) ¡No digas eso, Mónica!

**M** (*Muy seria*) No viviré mucho más, Joan... (*Se frota el dorso de los brazos con las palmas de las manos, como si tuviera un escalofrío*) Ya debe quedar bien poco... Pero tú harás como que no lo sabes..., y yo seguiré como hasta ahora...

**J** (*Llorando, con desesperación*) ¿Qué será de mí sin ti, Mónica...? (*Sollozando*) ¿Qué será de los hijos que no tendremos...? ¿Qué será del mundo, con este dolor tan grande...?

**M** (*Inclinando la cabeza, entristecida*) El mundo... Decías que este mundo también se acaba, que quizás no viviremos mucho, nosotros o los que vendrán después de nosotros... ¿Qué importancia tiene que yo me marche ahora...?

**J** (*Ahogado en llanto*) ¡Me da igual que se acabe el mundo! ¡Quiero que vivas, quiero estar contigo...! (*Vencido*) ¡Quiero parar el tiempo, el maldito tiempo...!

**M** (*Ella también llora, más serena y más contenida*) No llores, Joan, amor mío... (*Hace una pausa*) O, quizás sí: lloremos ahora que nadie nos ve..., ahora que no nos vemos, que no somos nosotros...

**J** (*Va deteniendo el llanto y, todavía conmovido, la mira*) Perdóname...

**M** ¿Por qué? ¿Qué quieres decir?



**J** *(Más sereno)* Perdóname por sufrir tanto por mí... Por sufrir tanto por perderte... Con tanto mantener esta ficción, con tanto fingir que no pasaría lo que ha de pasar, he vivido de espaldas a...

**M** *(Con la mirada perdida)* ...a que yo lo perderé todo... Sí... Te perderé a ti y perderé el amor que me das... Perderé este cuerpo y la vida que aún late en él... Y los años que me esperaban... Tanto de tantas cosas...

*J inclina la cabeza y la mueva lentamente, de un lado a otro, en un gesto de impotencia.*

**M** *(Melancólica)* Tantas cosas pequeñas, también, pero que me hacen sonreír o que me conmueven... Los llantos y las risas de los niños en la consulta, las charlas con mi hermana, nuestros paseos frente al mar, en Formentera...

**J** *(Entero, pero atravesado por el dolor, habla lentamente)* Yo, mientras viva, pensaré en ti, Mónica... Cuando, por la mañana, entre el sol en nuestra habitación... Cuando llueva como aquella tarde en la Toscana... Cuando florezcan los naranjos en aquel parque, cerca de casa...

**M** *(Conmovida)* ¿Lo harás, Joan? ¿Pensarás en mí...?

**J** *(Otra vez con lágrimas en los ojos, pero contenido y sereno)* Cada día del mundo... mientras viva. Pensaré en ti...

**M** Adiós, Joan... ¡Despidámonos ahora! Mañana de todo esto no sabremos nada y... ¿quién sabe si podremos decirnos adiós...? Pasarán los días hasta que, quizá de golpe... *(Levanta un brazo y alarga la mano hacia él)* Adiós, Joan... amor mío...

**J** *(Erguido y mirándola, hace el mismo gesto tendiendo la mano hacia ella, y llega a decir, en voz muy baja)* Adiós, Mónica, adiós...

*El foco que la iluminaba a ella se va apagando hasta que su imagen desaparece. Joan baja lentamente el brazo y permanece de pie, inmóvil, mientras la escena va quedando totalmente a oscuras.*

**ACTO SEGUNDO – ESCENA TERCERA**

*En la consulta del psicoanalista. La escena se ilumina y se oye hablar a J, tumbado en el diván, mientras que P está sentado en su butaca.*

**J** Últimamente he pensado más de una vez en aquel sueño, el sueño de Bratislava, ¿sabe?

**P** Sí...

**J** También podía haber dicho el sueño de la mujer que no me veía y mi angustia al no poder sostenerme en la mirada de una mujer... O el sueño del libro que tenía que poder descifrar... O el sueño de las imágenes del horror, con aquella atracción incomprensible que me impedía apartar la mirada...

**P** Sí, todo eso también estaba, pero, por algún motivo, ha dicho el sueño de Bratislava...

**J** Sí, es verdad, porque tengo muy presente esa parte del sueño... *(Hace una pausa)* Hace unos meses, al final de una sesión le expliqué que me incorporaba al comité de expertos, pero que no estaba convencido de mi decisión y que no sabía adónde quería llegar...

**P** Sí, eso dijo.

**J** Y, al marcharme, usted hizo lo que hacía en el sueño: me dijo adónde quería llegar: “¡A Bratislava!”.

**P** ¡Sí! *(Se ríen ambos al recordarlo)*.

**J** De entrada, me sorprendió mucho su exclamación, pero nada más salir a la calle y empezar a andar, me vino a la memoria un recuerdo muy lejano...

**P** Ah...

**J** Sí, un recuerdo de infancia... En casa de mis padres había un libro, grande y muy bien ilustrado, que se titulaba “Ciudades del mundo”. Yo lo miraba fascinado y me fijaba, sobre todo, en las páginas de algunas ciudades que tenían nombres que me parecían

fantásticos: Bratislava, Tesalónica, Siracusa... ¡No tenía ni idea de dónde estaban, pero me decía a mí mismo que cuando fuera mayor iría a conocerlas...!

**P** Entonces, es el recuerdo de un deseo...

**J** Sí, quizá solo el deseo de irme lejos... O quizás el deseo de conocer y descubrir otros lugares, otras realidades... Y, quién sabe, quizá mi pasión por la ciencia nació también de aquel deseo... Lo cierto es que estos días, recordando el sueño me vienen a la mente esos nombres. No significan nada, no tienen ningún sentido y, le parecerá un disparate, pero es como si fueran la llave con la que abrir aquel deseo infantil, guardado intacto en estas cajitas sonoras y mágicas: Bratislava, Tesalónica, Siracusa...

**P** *(Sonriendo, sorprendido)* Me parece extraordinario...

**J** Deseo de todo eso que le decía, ¡o de quién sabe qué! Puro deseo, impronunciable..., pero sin él el mundo el mundo se vacía y la vida se marchita... Y mi vida hacía años que se marchitaba... *(Hace una pausa)* Ahora, a pesar de todo el dolor que arrastro y todo el que aún ha de llegar, tengo una brújula que, en cada encrucijada, en cada decisión que he de tomar, me orienta para saber dónde está mi deseo, y para hacer lo que tengo que hacer...

**P** Una brújula para el deseo...

**J** Sí, y esta brújula me sirvió hace unos días para dar un paso que no me decidía a dar... ¿Recuerda aquella carta que me trajo mi tío? ¿Aquella carta escrita por mi padre?

**P** Sí, claro, la recuerdo...

**J** *(Se incorpora y se sienta en el diván)* Decidí buscarla, pensando que sería una tarea difícil, quizá imposible. Pero el caso es que aquello que mi cabeza no sabía parecían saberlo mis manos... Pocos minutos después la encontré, en el fondo de un cajón, debajo de un montón de papeles, monedas, billetes de avión...

**P** *(Sorprendido)* Ah...

**J** La abrí y empecé a leerla, lentamente: no esperaba descubrir ningún gran secreto ni ninguna verdad impactante, pero lo cierto es que el momento tenía algo de conmovedor. Además, sabía que, dijera lo que dijera aquella carta, la relación que tengo con mi padre ha cambiado mucho desde que empecé el análisis: ya hace tiempo que sus errores no me parecen tan imperdonables y ya no doy el mismo sentido a sus ausencias, sus silencios o sus improperios... *(Mira a P, que hace un gesto con la cabeza, asintiendo).*

**P** Sí...

**J** Lo que leí me impresionó profundamente, ¿sabe? Y entendí hasta qué punto los hechos que relataba aquella carta habían marcado el destino de aquel joven... Es verdad que mi padre fue al frente y no disparó ni un tiro, pero quedó inmensamente traumatizado por todo lo que vivió y, sobre todo, por lo que vio. Era muy joven y no tenía formación militar, así que lo destinaron a la enfermería: eran los peores momentos de la batalla del Ebro, con bombardeos constantes y durísimos, y él y unos cuantos muchachos más como él, con no más de veinte años, estuvieron casi tres meses –¿se da cuenta de lo que debió de ser?– jugándose la vida, arrastrándose hasta el agotamiento por trincheras enfangadas para evacuar heridos, moribundos, mutilados..., o para llevarse cuerpos sin cabeza, brazos, piernas arrancadas por las bombas...

Mi padre no era un hombre temeroso, acobardado. Tampoco era un hombre plano, sin historia, alguien derrotado antes de luchar. Era un hombre traumatizado, un pobre muchacho asustado que en medio de aquel infierno había perdido para siempre la paz...

**P** Por fin, la carta llegó a su destino...

**J** *(Mira a P, que le escucha atentamente)* Sí. Supongo que estaba preparado para leerla y que llegaba en el momento adecuado. *(Hace una pausa breve)* Me hizo sentir pena, compasión..., pero no me llevó a hacer de mi padre ni una víctima ni un héroe. Con aquello que le tocó vivir hizo... lo que pudo, como todo el mundo, como cualquiera. Y, sí, no hizo gran cosa, pero tampoco se convirtió en el ser abominable que yo me representaba.

**P** *(Asintiendo con la cabeza)* Aha...

**J** Supongo que, por algún motivo, necesitaba hacerlo existir de esa manera para confrontarme, para tener en él si no un ideal, al menos un enemigo... Y él era lo que era, un hombre común, golpeado por la vida, ni demasiado bueno ni demasiado malo para lo que yo necesitaba, así que me inventé una versión del padre más adecuada a las batallas imaginarias que necesitaba tener con él. Me temo que no le hice nada fácil la tarea de hacer de padre... de alguien como yo...

*(Con la mirada perdida y en un tono sereno)* Pero no es una reconciliación: no hay nada que perdonar ni gran cosa por la que pedir perdón. Es, en todo caso, un pasar página, un estar un poco más en paz conmigo mismo...

**P** *(Levantándose y yendo hacia la puerta, con actitud de dar por acabada la sesión)* Sí, es un paso muy importante.

*(J se levanta y le sigue hasta la puerta. Antes de la encajada de manos, J se queda pensativo unos instantes).*

**J** La semana próxima estaré de viaje: voy a una reunión del comité, en Salzburgo, y no volveré hasta el viernes por la tarde.

**P** De acuerdo, le espero el martes de la otra semana. *(J no responde. Se dan la mano, P abre la puerta y J sale, silencioso).*

*P camina hacia su butaca y enciende la radio. Se oye la voz de la locutora de un programa informativo.*

**Locutora** Las primeras conclusiones del equipo de científicos desplazados a la zona parecen confirmar los peores presagios sobre las causas de la gran mortalidad que afecta a las comunidades inuit, asentadas desde hace siglos en Groenlandia y el nordeste de Canadá. Estas comunidades han visto gravemente alterados sus asentamientos por el deshielo que afecta al subsuelo sobre el que se asientan, pero hace poco han saltado las alarmas ante el aumento de muertes asociadas a procesos infecciosos de una gran virulencia.

Los análisis realizados hasta ahora parecen confirmar que la causa estaría en la reactivación de bacterias que se habían mantenido inactivas y preservadas durante milenios en los hielos permanentes, y que ahora entran en contacto con la atmósfera y afectan a la población autóctona, que carece de respuesta inmunitaria para hacer frente a estos patógenos.

*(Suena el timbre de la puerta. P apaga la radio, va a abrir y es J quien espera para entrar. P le saluda y le invita a pasar. J entra y camina hasta la altura del diván, pero permanece de pie).*

**J** Si no le importa, me sentaré aquí, delante de usted *(P asiente. J se sienta y se queda unos instantes en silencio).*

**P** Sí, le escucho, Joan...

**J** De hecho, he vuelto para despedirme...

**P** Sí, es lo que he supuesto que venía a hacer...

**J** Me sorprende..., como tantas veces... *(Hace una pausa breve)* Y sí, lo he pensado nada más salir a la calle. Me he dado cuenta de que el camino que he hecho aquí ha llegado al final, al menos por ahora... Sé que los días que tengo por delante serán difíciles, muy difíciles, y que quizá sería bueno seguir viniendo, pero...

**P** ¿Cómo está Mónica, Joan? Hace días que no me habla de ella...

**J** *(Hace una pausa y deja ir un suspiro)* Sí, es verdad, quizá procuro no hablarle de ella... Ya he llorado bastantes veces durante una sesión... De hecho, solo he podido llorar aquí y cuando estoy solo, camino de mi casa... Antes de llegar, me detengo, me rehago, cambio de cara... ¿Me creerá si le digo que nada más llegar a casa todo es más fácil? *(Pausa)* Cuando la veo, cuando nos vemos, me olvido de todo lo que no sea aquel rato, aquel día, aquella noche juntos... A pesar de todo lo que hemos pasado, nos mantenemos unidos, y eso nos hace más fuertes a los dos *(Hace una nueva pausa)* Mónica... está muy mal, cada día peor...

**P** Lo siento, Joan.

**J** *(Abatido)* Ahora le dan una quimioterapia diferente. La oncóloga confía en que pueda frenar un poco el avance de la enfermedad, pero si no funciona ya no probará nada más; ya solo quedará el tratamiento paliativo, evitar que sufra... De hecho, ya estamos casi en ese punto: está muy débil, duerme mucho y necesita tomar muchos analgésicos... *(Hace una pausa)* Ahora solo pienso en el momento en que sabrá que se va, que el tiempo se acaba... No se merece esta angustia, este cara a cara final con la muerte...

**P** Pero ella también dijo que no quería que la engañaran...

**J** Sí, es verdad. Y yo sé que no está del todo engañada... *(Se queda unos instantes en silencio)* Hace unos días, cuando nos íbamos a acostar, nos abrazamos y me dijo, al oído, que le daba miedo dormirse... Yo, con el corazón encogido, la quise tranquilizar: “¿Qué dices, mi amor...? ¿De qué tienes miedo...?”. Yo sabía lo que me diría, y no quería escucharlo, pero ella necesitaba decirlo, y lo hizo, con un hilo de voz, temblorosa: “Tengo miedo de morirme...”. “¡Pero, no! ¡Qué cosas dices...!” No dijimos nada más. Seguimos abrazados unos instantes y, suavemente, se apartó, haciendo como si todo siguiera igual que un momento antes... Así es como ella quiere que sea, y yo lo respetaré, hasta el final... *(Se queda en silencio)*.

**P** Sí: el final.

**J** *(Cambia de tono y habla mirando a P)* Pero la decisión de acabar el análisis la he tomado por otro motivo: tiene que ver con la brújula de la que le hablaba antes.

**P** ¡Sí, esa brújula es importante!

**J** Al salir, caminaba pensando en cosas que me preocupan en relación con mi participación en el comité... *(Se levanta y empieza a caminar por la consulta)* Y, de repente, he encontrado la solución...

**P** ¡Ah...!

**J** Sí, he sabido qué es lo que realmente quiero hacer y he decidido hacerlo...

**P** ¿Quiere contármelo?

**J** Sí, por supuesto. El hecho es que en la cumbre de Brighton comprobé una vez más que los efectos de lo que yo pueda aportar en el seno del comité son mínimos. De hecho, todo el trabajo del comité –los estudios, los dictámenes, las recomendaciones– acaba siendo irrelevante.

**P** ¿Sí? ¿Hasta ese punto?

**J** Sí... En Brighton, a pesar del interés que había suscitado la cumbre, no conseguimos dar ningún paso adelante. Solo Dinamarca, Suecia y Noruega suscribieron los compromisos que proponíamos.

**P** Lo leí, sí... ¿Y cuál ha sido su conclusión?

**J** ¡Que no tiene sentido seguir dedicándole energías al comité! ¡No pienso hacerlo más!

**P** *(Con interés)* Ah... ¿Esta es su decisión?

**J** Sí y no... Quiero decir que es solo una parte, la primera: presentar la dimisión como miembro del comité y dejar de participar en sus trabajos... La segunda parte es la más difícil y la que, en cierta forma, implica una verdadera decisión... *(Hace una pausa antes de continuar)* Quiero seguir en esta lucha, pero hablando en nombre propio, haciendo aquello que creo que tengo que hacer y diciendo lo que creo que debo decir, sin tener que negociarlo antes con nadie.

**P** Me parece una decisión acertada.

**J** *(Unos instantes de silencio)* Me he quejado mucho de las limitaciones que tenían las tareas del comité, pero ahora me parece que eso era también una coartada, una justificación que me permitía no asumir una responsabilidad diferente. Intentaba influir, convencer, que el comité hiciera suyos mis argumentos y mis propuestas, pero, al final, no era yo quien hablaba, no se decía nada en mi nombre... Y esto es lo que quiero cambiar: a partir de ahora, tomaré las iniciativas que crea convenientes y las defenderé allí donde pueda hacerlo.

**P** Sí, me parece una decisión muy acertada.



**J** *(De nuevo, unos instantes de silencio antes de continuar)* Creo que es algo que no he hecho nunca: hablar en mi nombre, atreverme a decir y a hacer aquello que realmente quiero... Siempre ha hablado “en nombre de”... De la ciencia, sobre todo... Como si los científicos fuéramos los sacerdotes de un dios que nos revela verdades que nosotros nos limitamos a anunciar... Sí, claro, las leyes de la termodinámica no varían en función de quien las explica, no dependen de ninguna subjetividad, pero yo había hecho del saber mi guarida... Primero, el lugar en el que me ponía a refugio de la angustia y, después, una falsa identidad: Joan Holzmann, científico... *(Hace una pausa, reflexionando)* Y han tenido que pasarme cosas terribles para empezar a despertar: la muerte de Seymour, descubrir el verdadero alcance del cambio climático... Y, ahora, la enfermedad de Mónica...

**P** ¿Y qué se propone hacer?

**J** Lanzar un mensaje mucho más radical y perentorio del que dan los expertos y los activistas. Con todo lo que hacen, no llegan a convencer más que a los que ya están convencidos... Hay que ir más lejos, emplear nuevas estrategias.

**P** ¿Qué cree que conseguirá, Joan?

**J** *(Unos instantes de reflexión)* No lo sé... No puedo saberlo, pero... ¿quiere que le diga algo? No soy nada optimista... La gente, el común de la gente, vive en una burbuja, en un presente en el que no hay margen para la reflexión: unos porque apenas sobreviven al día a día, y otros porque las inercias o el bienestar les adormecen y todo lo que se les diga es como agua sobre las plumas de un pato...

**P** *(Reflexivo)* Sí, es así...

**J** Pero no quiero detenerme a pensarlo ¿sabe? Estoy determinado a hacerlo y no me pararé a sopesar, a hacer cálculos. Cuando hay un terremoto y temes que la casa se derrumbe, no te paras a pensar si los vecinos te harán caso... Sales a la escalera, gritando, actúas, haces, quieres salvarte y que se salven tus vecinos...

**P** Gritando...

**J** Sí, ya me entiende... Quizás asustaré a alguien, y oiré decir que me he vuelto loco..., pero quizá despierte a alguien más. Tanto da: ¡la situación es muy grave y ya no es hora de dudas!

**P** Tiene razón: ya no es hora de dudas *(Se levanta y camina hacia la puerta. J le sigue y se quedan un instante en silencio, antes de darse la mano. P le tiende la mano y le habla en un tono cordial y afectuoso)* Adiós, Joan... ¡Le deseo mucha suerte!

**J** ¡Gracias...! *(Se miran un instante a los ojos. J sale y P cierra la puerta)*.

P da unos pasos y se detiene, pensativo, en medio del escenario.

Las luces se apagan lentamente, hasta que la escena queda a oscuras.

## ACTO SEGUNDO – ESCENA CUARTA

*La escena tiene lugar en el estudio/sala de estar de Joan y Mónica. Al fondo, a la izquierda, una puerta de cristal da paso a una terraza con numerosas plantas. En el centro de la sala hay un sofá y, más allá, un sillón orejero.*

*Cuando se ilumina la escena, Mónica está en la terraza, de perfil. Vuelve a tener el cabello largo y el aspecto juvenil y saludable que tenía en las escenas del primer acto. Sostiene una pequeña jarra con la que va regando las plantas. Se detiene a mirarlas, quita alguna hoja seca. Tiene un aspecto serio, pero sereno.*

*Se abre la puerta que hay a la derecha y entra Joan, con un andar pesaroso. Lleva una chaqueta sobre la espalda y la deja caer sobre el sillón. Mónica le ve entrar y le mira sin decir nada. Puede parecer que él no la ha visto. Joan se sienta pesadamente en el sofá, en el mismo lugar en el que había estado sentado, hablando con Mónica, en la escena segunda. Se fija en el móvil y en las gafas de Mónica, que están sobre el sofá; toma las gafas y las mantiene en la mano, con la mirada perdida. Mónica se acerca, se detiene cerca de donde él está y le mira unos instantes en silencio.*

**M** *(En un tono reflexivo y tierno)* Ay, mi amor... Quizás al final te habrás cansado de mí, de tantos problemas como te he dado...

*Él avanza el cuerpo, poniendo los codos sobre las piernas y, ausente, mueve la cabeza de un lado a otro, con un gesto de desesperanza, pero que puede parecer que responde a las palabras de Mónica.*

**M** O, quizás, habrás deseado que todo se acabe...

*J se queda inmóvil*

**M** Pero ahora todo es diferente...

*J levanta la cabeza y se queda con la mirada perdida.*

**M** Tendremos que aprender a estar... de otra manera...

*J se levanta y camina hasta la mesa de trabajo y deja encima las gafas de Mónica. Toma una foto enmarcada y la contempla.*

**M** *(Camina hasta donde está Joan y se queda detrás de él, sin tocarlo. Mira la foto que Joan ha tomado y exclama con alegría) ¡El verano pasado en la Toscana...! ¿Te acuerdas de Lucca, de Siena...? ¿De aquel paisaje de viñas que llenaba de paz?*

*J sonríe, triste y melancólico.*

**M** *Ahora todo es tan extraño... Todavía estoy muy cerca, pero... ya no me miras...*

*J sigue con una actitud ausente.*

**M** *(Insistiendo) ¡No me miras y, quizá, bastaría con que te dieras la vuelta...!*

*J se da la vuelta y camina hacia la terraza, sin mirarla ni tocarla. Mira las plantas, toca alguna levemente, con un aire pensativo.*

**M** *(Le sigue con la mirada, se acerca a él y le habla con ternura) Cuánto daño nos ha hecho todo esto ¿verdad, Joan? (Hace una pausa y sigue, apesadumbrada) Dicen que, con el tiempo, las cosas cambian... No lo sé...*

*J toma la jarra que había usado Mónica y riega una de las plantas.*

**M** *Pero aún estamos muy cerca el uno del otro... Hasta con los ojos cerrados lo sé... (Cierra los ojos, sonríe un poco y extiende las manos hacia él, sin llegar a tocarlo).*

*J extiende una mano para tocar muy suavemente las hojas de una de las plantas, casi como acariciándola. Sus dedos quedan a muy poca distancia de los de Mónica, y él permanece extático, con la mirada perdida, pero, a la vez, con una presencia intensa.*

**M** *(Abre los ojos y le mira. Exclama, con énfasis, pero contenida) ¡Lo ves...! ¡Seguro que tú también lo sientes... Sientes que estoy aquí... Todavía...*

*J baja la mano e inclina la cabeza, pensativo.*

**M** *(Dulce y triste)* Como si oyeras mi voz, como si –sin verme– supieras que estoy en casa... *(Con énfasis)* ¡Sientes que hay una puerta que todavía está abierta! *(Inclinando la cabeza y ahora con abatimiento)* Quién sabe hasta cuando...

*J camina hasta el sofá y vuelve a sentarse, abatido.*

**M** *(Camina de nuevo y se detiene detrás de él. Exclama, pero sin levantar la voz)* Quién sabe hasta cuándo... Será un tiempo, no mucho... Unos días, unos meses, un año...

*J apoya la espalda y la cabeza en el respaldo del sofá y cierra los ojos, como recogándose en sí mismo.*

**M** *(Inclina el cuerpo y se acerca mucho a Joan, hablándole casi al oído)* Después..., ¡ay!... Después habrá un gran vacío entre nosotros, un desierto inmenso, imposible, una tierra de nadie, el espacio interminable entre dos galaxias...

*J se tapa la cara con las manos, en un gesto de abatimiento y de dolor.*

**M** Qué misterio, amor mío... Que nos hayamos querido tanto y después... todo se vuelva imposible: vernos, besarnos, oírnos, sentir el calor de nuestras manos...

*J se incorpora, sin levantarse, y sigue tapándose la cara con las manos, apoyando los codos en las piernas.*

**M** *(Se incorpora, lo mira y, lentamente, camina hacia la puerta, que Joan había dejado abierta. Se detiene y se gira hacia él)* También dicen que mucho después –cuando ya no queden lágrimas, cuando los recuerdos ya no hagan daño– podremos volver a sentirnos... Que estaré tan cerca de ti que, sin voz, sin palabras, me hablarás y sabrás que te escucho... *(Sigue caminando hacia la puerta. Se detiene justo antes de salir y se gira de nuevo a mirar a Joan)* Y, tal vez, cerrando los ojos, me verás sonreír... *(Calla, inclina la cabeza y sale de la habitación).*

*J empieza a llorar, poniéndose de rodillas en el suelo. Poco a poco, se deja caer, hasta quedar en el suelo, en posición fetal. La luz se apaga y, durante unos largos instantes, con el espacio totalmente a oscuras, se le oye llorar. Es un llanto profundo, que conmueve*

*todo su cuerpo, que transmite dolor y soledad, pero sin bramidos, sin los excesos de la desesperación.*

## ACTO SEGUNDO – ESCENA QUINTA

*En el escenario, y a poca distancia del público, una mesa central orientada a la platea presidida por varios micrófonos, a la que están sentadas dos personas: una mujer, que hará las veces de presentadora, y J. Detrás de la mesa y a ambos lados, hay dos pantallas en las que, en ciertos momentos a lo largo de la escena, se proyectarán imágenes relacionadas con el contenido de la escena.*

*Más cerca de la platea y un poco a la izquierda del escenario hay un atril. Se trata de un acto público convocado por J, en el que la disposición de la mesa y el atril colocan al público en el lugar de los asistentes al acto. En el momento de iluminarse la escena, la presentadora del acto y J cruzan algunas palabras inaudibles, mientras que una fotógrafa y un cámara de televisión, en puntos diferentes de la sala, captan imágenes del público y de la mesa. Son los momentos previos al inicio del acto. Transcurridos unos instantes, la presentadora comprueba el funcionamiento del micrófono y empieza su parlamento.*

**Presentadora** Buenas tardes y gracias a todas las personas que han acudido a este acto y a las que lo siguen a través de medios de comunicación y redes sociales. Sin más preámbulos, doy la palabra al señor Joan Holzmann, un hombre de ciencia conocido por todos ustedes, muy implicado desde hace un tiempo en los temas medioambientales. Les avanzo que cuando acabe su intervención, responderá a las preguntas que quieran hacerle *(Hace un gesto con la mano dirigiéndose a J e invitándole a tomar la palabra. J se levanta y va a colocarse, de pie, detrás del atril).*

**J** *(Comienza su parlamento en un tono sereno y pausado)* Me ahorraré los preámbulos para ir directo a aquello que quiero decirles: no tenemos tiempo que perder.

*Mientras dice las frases siguientes, en las pantallas se muestran imágenes de reuniones del comité de Naciones Unidas, y de las cumbres de París, Helsinki, etc. Son imágenes quizás un poco desenfocadas, que no tienen un estilo periodístico: evocan aquello de lo que se trata sin mostrarlo con mucha definición.*

Ayer presenté mi dimisión como miembro del comité de expertos de Naciones Unidas, y lo hice por mi desacuerdo sobre el alcance de los efectos del cambio climático y el ritmo con el que se producirán. Pienso que los expertos tenemos la obligación de informar a la ciudadanía, sin ocultar la verdad ni pretender hacerla más soportable.

*Hace una pausa e inclina unos instantes la cabeza, como reflexionando. En seguida, vuelve a mirar al público y retoma el discurso con más energía y convicción. Mientras dice las frases siguientes, en las pantallas van apareciendo imágenes de acontecimientos climáticos extremos: inundaciones, sequías, incendios... El ritmo de sucesión de las imágenes no es rápido y no se muestra la misma imagen en las dos pantallas, mezclándose imágenes en blanco y negro y en color.*

El cambio climático es un proceso global, planetario, imposible de detener y de consecuencias mucho más graves que las que reconocen los informes del comité. Además, los efectos de carácter devastador pueden empezar a producirse en un plazo breve: en pocos años. No se trata solo de preservar a las futuras generaciones: la dimensión catastrófica del cambio climático se pondrá de manifiesto en un futuro inmediato, y somos las personas que vivimos ahora –niños, jóvenes, adultos, ancianos– los que ya sufriremos directamente sus consecuencias.

*Su tono de voz pasa a ser más enfático.*

No es alarmismo –sé que se me acusará de esto y de otras cosas–, es la constatación de los efectos que, a partir de ciertos puntos críticos, se retroalimentarán y generarán un aumento brusco de las concentraciones de CO<sub>2</sub> en la atmósfera, con las consecuencias que todos sabemos: aumento del calentamiento global, aceleración del deshielo en Groenlandia y en las grandes masas polares, liberación de cantidades incalculables del metano atrapado en los hielos permanentes, alteración de las corrientes aéreas y oceánicas que regulan el clima del planeta... *(Hace una pausa breve, como reflexionando)* Los vórtices polares, que desplazan grandes masas de aire glacial, llegarán a zonas hasta ahora densamente pobladas del hemisferio norte, como ya ha empezado a pasar de manera episódica. Pronto, la alteración de las corrientes atmosféricas hará que estos fenómenos sean irreversibles. En regiones que gozan ahora de una gran calidad de vida y que pueden creerse a resguardo de los efectos del cambio



climático –el continente europeo, los países que rodean el Mediterráneo...–, las temperaturas llegarán a ser extremas.

*Cambia a un tono más oscuro y un poco ausente. Mientras dice las frases siguientes, en las pantallas se muestran imágenes y gráficas sobre la circulación de las corrientes oceánicas, los vértices polares, etc.*

Todo esto pasará: no sabemos exactamente en qué momento ni a partir de qué factor desencadenante, pero pasará, y las dinámicas energéticas que hay en juego son de tal magnitud que, llegados a este punto, ninguna acción humana, por global y concertada que sea, podrá detenerlo.

*Retoma el tono más enfático y lleno de convicción. Mientras dice las frases siguientes, en las pantallas se muestran mapas de las áreas geográficas a las que va haciendo referencia, así como imágenes de huracanes, incendios e inundaciones.*

En zonas más meridionales –entre, aproximadamente, los trópicos de Cáncer y Capricornio– el estancamiento de grandes masas de aire cálido comportará el aumento de las temperaturas y, por tanto, una mayor desertización, unida a incendios de proporciones hasta ahora desconocidas. El aumento de las temperaturas en el mar y en la atmósfera generará huracanes de un inmenso poder de devastación, muy superior al de aquellos que, cada vez más a menudo, se vienen produciendo en los últimos años.

Todos estos efectos –volveré a decirlo: catastróficos–, unidos al aumento del nivel del mar, que se producirá en todos los continentes y en los dos hemisferios, serán letales para las condiciones de vida de la humanidad: se extenderán por todo el planeta, y regiones muy extensas dejarán de ser habitables, como lo son ahora Alaska o el desierto de Gobi (*Hace una pausa*) Por supuesto, los países del Tercer Mundo, siempre más vulnerables, sufrirán estos efectos antes y con mucha mayor intensidad...

*La presentadora, que ha ido dando muestras de una inquietud creciente, le interrumpe. J se gira hacia ella y la escucha.*

**Pr** He de decirle, Sr. Holzmann, que estoy sorprendida (*Hace una pausa. Se la nota incómoda y nerviosa*) Sorprendida y quizá contrariada, no sé... Yo desconocía el

contenido de su disertación y, la verdad, no puedo esperar al final para hacerle una pregunta... Por lo que ha dicho al principio, entiendo que no todos los miembros del comité de Naciones Unidas piensan lo mismo que usted.

**J** Es cierto. En los casi dos años que he formado parte del comité he convencido a buena parte de sus miembros de la fiabilidad de mis pronósticos, pero reconozco que otros no los han aceptado... *(Hace una pausa)* ¡Ojalá estuvieran en lo cierto y fuera yo el que se equivoca...!

**Pr** Pero, ¿por qué tendríamos que creerle a usted y no a los que no están de acuerdo con sus previsiones? Los que no somos científicos tenemos que confiar en la opinión de los expertos, y usted nos dice que son los primeros en no estar de acuerdo...

**J** Sí, es cierto, algunos no están de acuerdo con el carácter extremo de mis pronósticos, pero *(Con énfasis)* ¡ténganlo en cuenta!, están todos de acuerdo en que, si no se toman medidas drásticas, los efectos a medio plazo del cambio climático serán devastadores. *(Con mucho énfasis)* Y a ellos, que reclaman cambios importantes, pero realizables y beneficiosos para la economía mundial, no se les hace caso...

**Pr** Pero si la situación es tal y como usted la describe, o si simplemente aceptamos lo que la comunidad científica da por cierto y seguro, ¿por qué no hay una movilización social permanente? ¿Cómo se entiende que el cambio climático no sea la prioridad absoluta de todos los gobiernos?

*Se aparta del atril y empieza a caminar lentamente por el escenario: primero un aire ausente y mirando al suelo, y después dirigiéndose al público.*

**J** Me lo he preguntado infinidad de veces y, la verdad, no tengo la respuesta... *(Hace una pausa)* Los líderes políticos solo hacen suyas las reivindicaciones que la sociedad asume y reclama con fuerza, y eso hoy no sucede... Pienso que en el mundo hay muchos millones de personas que se han acostumbrado a vivir de la manera en que les dijeron que lo hicieran, y que no pueden entender que ahora se cuestione su estilo de vida y se les pidan cambios y renuncias difíciles de asumir. Existe una especie de aceptación tácita de la gravedad del problema –todo el mundo habla del cambio climático: en las

reuniones de amigos, en la calle, en los medios–, pero hay una inhibición absoluta en lo que respecta a la acción individual y colectiva...

*(En un tono reflexivo, mientras se acerca a la platea)* Pensemos en nosotros mismos, los que nos hemos reunido hoy aquí. *(Mira hacia el público)* Veo entre el público a algunas personas que conozco y que aprecio: la ministra de Energía y Medio Ambiente, diversos científicos, una directora de cine, un conocido filósofo y escritor... Personas –como tantas otras– cultas, informadas, que están al corriente de lo que los expertos dicen desde hace décadas... Personas que influyen en la opinión pública, que hablan en los medios, publican, toman decisiones... Y, a pesar de ello, aquí y en todas partes, el cambio climático es un tema más en el discurso social, del que se habla mucho, sí, pero como se habla de una huelga de trenes o de la final de un campeonato de fútbol...

Como le decía, no tengo una explicación, pero constato un hecho: el ser humano quiere dormir, pasar la vida en el sueño de lo cotidiano, y a menos que la desgracia llame a su puerta, nada logra despertarle.

**Pr** Y usted..., ¿se propone despertar a la gente? ¿Hacernos despertar?

*J hace una nueva pausa, se queda unos instantes con la mirada perdida y retoma su discurso, volviendo a mirar hacia el público mientras camina por el escenario.*

**J** Sí, eso es lo que me propongo... *(Hace una pausa y se queda unos instantes en actitud reflexiva)* No es la primera vez que grandes colectivos humanos viven de espaldas a un desastre que solo algunos vieron llegar. Crisis económicas, conflictos sociales, guerras que han arrasado todo un continente dejando millones de muertos, han llegado poco a poco, sin hacer mucho ruido, “como un ladrón en mitad de la noche...”, y han tomado por sorpresa a una población que no había visto –o había preferido ignorar– ninguno de los signos que podían anunciarlo *(Hace una nueva pausa, más breve)* Y a cada generación –o, a lo sumo, a cada dos– le toca enfrentarse a uno de estos períodos en que, empujados por lo peor de sí mismos, los hombres se aplican a la destrucción de todo aquello que, lentamente, la civilización había construido y defendido: ciudades, industrias, cultura...

*(En un tono más cercano y dirigiéndose más directamente al público)* Mi abuelo materno, judío alemán nacido en Dresde, que había estudiado Química y se había instalado en Berlín, vio venir el desastre del nazismo. Antes de que empezasen las agresiones a los judíos, antes de la proclamación del Tercer Reich, mucho antes de los campos de concentración y de exterminio en los cuales él y muchos de sus familiares fueron asesinados... Lo vio venir y, a pesar de los reproches de unos y otros, consiguió que su mujer y sus dos hijas se marcharan a tiempo a Francia... desde donde huyeron después a una España que la guerra ya había devastado y en la que ya solo mataban el hambre, el miedo y la represión franquista. Y donde su hija pequeña, años después, conoció a mi padre...

*Hace una pausa para reflexionar y retoma su parlamento con un énfasis que va en aumento.*

La crisis que se acerca no es una catástrofe natural, no es la caída de un gran meteorito ni un terremoto devastador: es una alteración profunda y drástica del clima del planeta como consecuencia de la actividad humana, y sus efectos no serán menores que aquellos... *(Con más énfasis)* Pero podemos anticipar algunos, movilizarnos, unirnos para salvar lo que sea posible salvar y, como han hecho todos los supervivientes de las grandes tragedias y los grandes dramas humanos, mantener abierto el libro de la historia, darnos una oportunidad... Nos corresponde decidir si queremos hacerlo, si queremos luchar...

*La sala se queda en silencio durante unos largos instantes, al final de los cuales la presentadora, que se ha mostrado impactada mientras él hablaba, se le dirige de nuevo.*

**Pr** ¿Y qué piensa hacer a partir de ahora?

**J** En primer lugar, dejo la investigación, dejo todas las actividades académicas y científicas que no estén directamente relacionadas con la evolución del cambio climático y sus efectos. Dejo todas las falsas prioridades que pensaba tener, y lo hago para dedicarme a la prioridad absoluta de luchar contra las consecuencias de ese tsunami que hemos producido... No lo detendremos, no podremos reducir su fuerza, ni el empuje con el que nos golpeará, pero si estamos informados, prevenidos, quizá

podremos disminuir algunos de sus efectos, limitar el impacto sobre la vida y la salud de un número importante de seres humanos.

**Pr** Y este propósito, ¿cómo se concretará? ¿Qué acciones, qué iniciativas...?

**J** Es necesario que se produzca una verdadera subversión, un asumir colectivamente la necesidad absoluta de cambios muy profundos y que lleguen a la acción de gobierno: la de los estados, pero también la de las regiones, las ciudades... Y creo que eso solo sucederá si los jóvenes también se movilizan y hacen suya esta causa (*Hace una pausa*) En realidad, quizás solo ellos están en condiciones de arriesgar tanto, de ponerse de pie y salir a la calle... Los adultos perdemos el sentido de la revuelta y, probablemente, la fuerza para luchar cuando hay que hacerlo...

**Pr** Y, si lo consigue, si se da un movimiento social que imponga su agenda a los gobiernos, ¿qué cree que habrá que hacer? ¿Cuál es su plan?

**J** (*Con énfasis y metódico*) Poner en marcha medidas muy urgentes... Harán falta personas capacitadas y convencidas, y recursos, muchos recursos. Habrá que desarrollar alternativas a las estructuras viarias y de telecomunicaciones que resulten destruidas o afectadas, organizar los flujos migratorios, distribuir recursos básicos: alimentación, sanidad...

**Pr** Le oigo hablar y pienso en lo que hay que hacer ante una catástrofe humanitaria en cualquier lugar del mundo... Para ayudar a las víctimas de una guerra civil, un terremoto, una pandemia...

**J** Sí, claro... (*Con énfasis*) Es de eso exactamente de lo que hablo: de una catástrofe humanitaria que afectará de manera global al conjunto del planeta, con áreas que resultarán devastadas y áreas en las que la supervivencia será posible..., si hacemos todo aquello que he empezado a exponerle.

**Pr** ¿Y no le da miedo de que su mensaje pueda producir tanta ansiedad entre quienes le escuchamos que genere rechazo? He de decirle que, a mí, el escenario que está dibujando me produce mucha ansiedad...

**J** Lo sé... Le puedo asegurar que lo sé: yo también he sentido esa angustia, y la siento: pero también es lo que me espolea y me empuja a actuar.

*Una persona entre el público levanta la mano y la presentadora la invita a hablar.*

**Pr** Adelante... ¿Puede decirnos su nombre o su profesión?

**Activista** Sí, soy biólogo, trabajo en temas medioambientales, y soy miembro de un grupo ecologista. También he trabajado en cooperación internacional, en África y en América Central. Querría hacerle una pregunta al Sr. Holzmann.

**Pr** Adelante, por favor...

**Ac** De hecho, es una pregunta y una reflexión... El Sr. Holzmann me merece mucho respeto, pero reconozco que estoy impactado por lo que le he oído decir... *(Dirigiéndose directamente a él, en un tono de gran seriedad)* Si las cosas son tal y como usted dice, ¿qué cree que tenemos que hacer? ¿Abandonar las luchas que activistas de todo el mundo llevamos a cabo? La defensa de las selvas amazónicas, la protección de la biodiversidad, la supresión de los combustibles fósiles... Todo esto, ¿ya no tiene sentido? ¿Nos propone dedicarnos solo a este mañana prácticamente apocalíptico?

**J** *(Baja la mirada y se detiene a reflexionar antes de contestar)* No, no... No es eso lo que propongo. Todas esas luchas y tantas otras son fundamentales... Cada onza de energía que le restemos al huracán, al deshielo, al incendio, es importante. Y aquellos que, como usted, hace años que están comprometidos con estas causas, son imprescindibles...

*Se queda unos instantes en silencio y en actitud reflexiva. Cuando vuelve a hablar lo hace con una expresión pausada y un tanto ausente.*

¿Sabe qué pienso, a menudo? Que quizá la humanidad ya se ha abandonado y ha aceptado su destino: prolongar un tiempo la vida, el goce de vivir, y morir... Quizá la pulsión de muerte ya ha ganado la partida... *(Con énfasis)* ¡Pero, al mismo tiempo, este pensamiento me exaspera, me inflama, me empuja a revelarme... Y pienso en todos aquellos que, como usted, llevan años dedicando energías a esta causa, y pienso en todos aquellos que, llegado el momento, estarían dispuestos a grandes cambios, a

grandes renuncias, a una lucha larga y difícil para sobrevivir... (*Dirigiéndose más directamente a la persona que le ha hecho la pregunta*) Le invito a leer mis informes y a discutir conmigo las conclusiones y las propuestas y, si le convengo, a trabajar conmigo en esta gran iniciativa.

**Ac** (*Le ha escuchado atentamente. Mira un instante a J en silencio y responde pausadamente*) Lo haré, le aseguro que lo haré... Gracias por su respuesta.

**Pr** Una persona que no está en la sala, pero que ha escuchado su intervención desde Londres, nos ha pedido intervenir y hacerle una pregunta. ¿Puede decirnos su nombre o su profesión?

*Se oye una voz a través de la megafonía de la sala, y en una de las pantallas aparece la imagen del interlocutor.*

**Banquero** (*En un tono de voz que quiere ser amable y con un punto de humor*) Bueno, le diría que soy banquero, pero sé que eso no suscita grandes simpatías... (*En un tono más presuntuoso*) Soy consejero delegado de una entidad financiera que gestiona fondos de capital, y con grandes inversiones en su país.

**Pr** Entendido... Y ¿puede decirnos cuál es su interés en las cuestiones que estamos tratando?

**B** (*Con cierta suficiencia*) ¡Por supuesto! En primer lugar, he querido escuchar al Sr. Holzmann porque estar al corriente de lo que plantean los líderes de opinión de un país en el que tenemos fuertes intereses forma parte de mi trabajo. Pero también porque los temas medioambientales son del máximo interés para nosotros... (*Acentuando los aires de suficiencia*) Después de décadas centrándonos en inversiones de alta rentabilidad en la generación y distribución de hidrocarburos y sus derivados, hemos avanzado mucho en una nueva línea de productos que un sector de nuestros clientes pide cada vez más: las energías renovables. Energía solar fotovoltaica, centrales solares, turbinas eólicas...

**Pr** (*Impacientándose*) Muy bien, pero ¿puede decirnos cuál es su pregunta?

**B** (*Duda un momento antes de hablar*) He de decirle que a mí también me ha sorprendido la intervención del Sr. Holzmann... No entiendo que alguien con su formación y su trayectoria no contribuya al clima de confianza que conviene a un sector que, no me lo negará, responde a los criterios medioambientales que él también defiende. Seguro que está al corriente de que cada vez son más los fondos de capital que solo invierten en proyectos de economía sostenible...

**J** (*Cortándolo de manera seca y brusca*) ¡Sí, lo sé, claro que lo sé! El dinero siempre sabe dónde está el máximo beneficio: ¡durante muchos años lo ha obtenido a partir de los derivados del petróleo, a pesar de saber perfectamente las consecuencias que eso tendría! Y sí, ahora algunos ven que el negocio está en otro lugar...

**B** (*Adoptando un tono de falsa humildad*) Puede que sea cierto que, en el pasado, ciertos excesos del capitalismo hayan contribuido a producir lo que ahora llamamos “cambio climático”, pero, si es así, la solución tiene que venir de la mano de quienes han formado parte del problema, ¿no les parece? Además, hablemos claro, ¿quién sino nosotros tiene la capacidad y los medios para cambiar las cosas?

**J** (*Tenso pero contenido*) Sí, eso también lo sé... Y durante un tiempo pensé que quizás la solución pasaba por ahí: que el mundo del poder y el dinero, las élites financieras que deciden los grandes movimientos de capital, las grandes inversiones, entendieran que seguir ganando, seguir siendo los amos del mundo, pasaba por promover una economía diferente: energías renovables, industrias menos contaminantes, coches eléctricos...

**B** (*Con énfasis*) ¡Totalmente de acuerdo! Hace tiempo que nuestros estudios de mercado nos indican esto: las preferencias del consumo van por este camino, y el holding al cual represento ha sido de los primeros en reorientar una buena parte de sus proyectos y sus inversiones. ¿Qué hay de malo en estar atento a los intereses del consumidor?

**J** (*En un tono frío, cortante*) Todo eso habría estado muy bien hace cincuenta años, pero entonces extraer y quemar combustibles fósiles era más fácil y rentable, aunque se contaminara todo el planeta y se aumentara el calentamiento de la atmósfera... Ahora todo eso –la energía solar, el consumo de proximidad, la reducción de emisiones...– ya



no servirá de nada, no... *(En un tono sarcástico)* ¿Las demandas del consumidor? Los consumidores piden aquello que el mercado impone, sobre todo si permite seguir durmiendo, seguir soñando...

**B** *(Enfático)* ¡El Sr. Holzmann parece haber descubierto ahora la condición humana, con sus límites y sus inercias, que tan poco han cambiado a lo largo de los siglos...! ¿No le parece más conveniente que los líderes –los líderes políticos, financieros, científicos, como usted mismo– apuntemos en la dirección en la que han de ir los cambios sociales y contribuyamos a producirlos? Pero sin generar una ansiedad innecesaria y contraproducente... El dinero quiere seguridad, estabilidad...

**J** *(Cortándolo de nuevo, muy enfadado y levantando la voz)* ¿Sabe qué le digo? ¡Que estoy harto de la condición humana y de los que la invocan para decir que nada puede cambiar! ¡Y aún más de los que lo hacen en nombre de *(Sarcástico)* la rentabilidad de sus inversiones! *(Gritando)* ¿Desde cuándo puede haber rentabilidad en un mundo sin futuro? *(Tenso crispado, se detiene unos instantes y continúa)* ¡Usted no ha entendido nada y me temo que su ceguera es la peor de todas! *(Alzando la voz hasta gritar y dirigiéndose al público)* ¡Esto es la guerra, amigos míos! ¡La peor de todas, porque es la guerra contra nuestra estupidez y nuestros límites!

**B** *(Con una actitud de sorpresa y de enfado)* ¡Me sorprende todavía más, Sr. Holzmann...! ¡Con estos planteamientos extremistas no llegaremos a ninguna parte, ni tiene ningún sentido continuar esta conversación! *(Desconecta y su imagen desaparece de la pantalla).*

**J** *(No parece haber escuchado las últimas palabras de B. Habla inclinando la cabeza y oscureciéndose)* Luchamos contra el loco, el insensato o el ciego que todos llevamos dentro; o, quizá, simplemente el estúpido, el ignorante, el perezoso... ¡No ganaremos esta guerra, ya lo sé, todos lo sabemos! Y no la ganaremos porque ya la hemos perdido, porque el daño que se ha hecho es del todo irreversible, y porque nuestro funcionamiento como especie es inseparable de la destrucción del entorno que producimos... Pero ¿saben qué? *(Alzando la voz)* ¿Es hora de luchar, es hora de decirnos que no queremos claudicar, que aún no nos rendimos, que aún estamos vivos y queremos darnos otra oportunidad...! *(Mirando en dirección al público, haciendo un*

*gesto con los brazos y las manos abiertas, y hablando en un tono enérgico pero sereno)*  
*¿No lo creen...? (Hace una pausa breve y retoma en un tono más bajo)* Les doy las gracias por haberme escuchado...

*La presentadora y la persona que ha hecho una pregunta desde la sala responden a sus preguntas con un aplauso al que –deseablemente– se une el público, mientras que la fotógrafa vuelve a hacer fotos, disparando flashes, J se queda en silencio, con la cabeza inclinada y aire pensativo.*

*Las luces van apagándose gradualmente hasta que el escenario queda a oscuras.*

## ACTO SEGUNDO – ESCENA SEXTA

*La escena tiene lugar en el estudio / sala de estar. J está sentado ante la mesa de trabajo, con la vista puesta en un documento. En un momento dado, se oye la voz de un niño, gritando.*

**Niño** ¡Papá! ¡Papá...!

*J, sorprendido, deja lo que está haciendo y presta atención. Vuelve a oírse la voz del niño, gritando.*

**N** ¡Papá...!

*La sorpresa de J va en aumento, hasta que un niño entra en la habitación. Es el niño de la escena final del primer acto. J hace un gesto de sorpresa y exclama, sorprendido.*

**J** ¡Caramba! ¡No sabía que estabas en casa...! Por un momento me has desconcertado...  
¿Qué haces en casa a esta hora?

**N** Han cerrado el insti por una avería eléctrica: todo a oscuras, y sin calefacción ni ordenadores... ¡Fiesta!

**J** Vaya, esta sí que es buena...

**N** Papá, recojo la bolsa y me voy yendo a casa de la tía, que este finde voy a la montaña con ella y su compañera, ¿te acuerdas?

**J** Sí, es verdad, ningún problema.

**N** *(Hace el gesto de ir hacia su habitación, pero se detiene y se gira hacia su padre)* Por cierto..., tengo que hacerte algunas preguntas...

**J** Ah, ¿sí? ¿Qué preguntas?

**N** Pues que en el insti estamos haciendo uno de esos trabajos rollo serie americana de familias modernas, y tenemos que preguntar cosas a los padres: dónde os conocisteis, por qué decidisteis tener hijos, y cosas así. Y también hay una versión para padres de niños adoptados: por qué decidiste adoptarme y cosas por el estilo...

**J** ¡Caramba! ¿Y quieres hacerme estas preguntas? Si quieres, podemos hablarlo el domingo por la tarde, cuando vuelvas.

**N** Vale, pero... también podríamos hablarlo un poco ahora, ¿no? Si te ves capaz de contestarme en cinco minutos..., y *(En un tono burlón)* sin que acabemos llorando los dos...

*J le mira, sonrío y le hace un gesto para que se acerque y se siente delante de él.*

**J** Hablemos ahora... *(Hace una pausa para reflexionar)* Supongo que quise adoptarte porque... la mujer con la que habría querido tener hijos ya no era de este mundo... Y también porque en algún momento, hace años, sentí que todo lo que les pasaba a los niños que ya estaban en este mundo me concernía y me afectaba...

**N** Pero, me quieres a mí, ¿verdad?

**J** *(Sorprendido)* ¡Sí! ¡Claro!

**N** *(Serio)* Pero, ¿querrías a otro niño al que hubieras adoptado y que no sería yo...? Quiero decir, si no me hubieras encontrado a mí y hubieras encontrado a otro niño, ¿le querrías...?

**J** *(Se detiene un instante antes de contestar)* Quizá sí... *(Mirándolo con una expresión tierna y simpática)* Pero ahora te quiero a ti, y no te cambiaría por ningún otro niño...

**N** *(Le mira muy atento y, al cabo de un instante, relaja la expresión y contesta)* Muy bien...

**J** *(Un poco sorprendido)* ¿Muy bien?

**N** *(Con un punto de humor, pero con afecto)* Que lo has resuelto muy bien... Domingo seguimos ¿de acuerdo? *(Poniéndose de pie casi de un salto)* ¡Me voy!

**J** ¡Que lo paséis muy bien en la montaña! Suerte de tu tía, que te lleva a esquiar, ¿no?

**N** *(Desde la puerta)* ¡Sí! La tía y su compañera están haciendo muchos méritos, ¿eh? Te aviso... Yo creo que quieren adoptarme, y entre un papá y dos mamás, no sé, no sé...

**J** *(Riéndose)* ¡Tira, petardo...!

**N** *(Va corriendo hacia su padre, se abrazan y él le da un beso en el pelo)* Pero me han dicho que, de esquiar, nada, que este año aún hay menos nieve que el pasado... ¡Haremos excursiones! *(Se separan y el niño corre hacia la puerta)* ¡Adiós!

Nada más salir, vuelve a aparecer y se detiene en el marco de la puerta.

**N** Y tú ¿qué harás este finde?

**J** Trabajaré y... mañana he quedado con unos amigos para cenar.

**N** ¿Y ninguna novia?

**J** *(Se ríe)* No, pesado, ninguna novia...

**N** La tía dice que quizá todavía es pronto, que solo hace tres años...

**J** *(Mirándolo y hablando pausadamente)* No es que sea pronto, es que encontrar a alguien no es fácil... Mucha gente solo tiene uno o dos encuentros importantes en su vida, o ninguno... Anda, ve. Estoy bien, de verdad. *(Hace una pausa)* Y tengo cosas que hacer...

**N** ¡De acuerdo!

*N se da la vuelta, inicia la marcha, pero se detiene y vuelve a la posición anterior, apoyado en el marco de la puerta.*

**N** Papá...

**J** *(Levanta la cabeza y le mira, un poco sorprendido)* ¿Sí? ¿Qué hay, hijo? *(Ve que el niño duda, e insiste)* ¿Qué piensas? ¿Quieres hablar de algo más?

*El niño se acerca, vuelve a sentarse delante de él y le mira.*

**N** Es de todo eso que sé que haces... Esas cosas de las que hablas cuando vas a dar conferencias o cuando te reúnes con gente... El otro día, en el insti, la maestra nos habló de ti y de la gente con la que trabajas...

**J** Sí... ¿Y qué quieres saber, de esto?

**N** *(Con una mirada intensa y una expresión muy seria, pero vacilante)* ¿Qué pasará, papá? Hay gente que dice que no tenemos futuro... ¿Qué pasará...? ¿Tendremos futuro?

**J** *(Le mira, serio, pero le habla en un tono de voz que quiere ser tranquilizador)* Estamos luchando para eso, hijo... Yo y mucha gente, en todo el mundo...

*El niño lo observa, también serio y muy atento. Al cabo de un instante, más sereno, se levanta y va a abrazarse de nuevo con su padre. Se quedan unos instantes así hasta que se separan.*

**J** *(Observándolo)* ¿Estás bien...?

**N** Sí... *(Pasándole la mano por el cabello, como J le ha hecho antes a él)* ¡Me gusta que seas mi padre...!

*Se ríen y el niño se va de nuevo. Se detiene un instante muy breve en el marco de la puerta a decirle adiós con la mano y se va.*

*Fin del segundo acto.*

## ESCENA FINAL

*Inmediatamente después de los aplausos, cuando el público empieza a levantarse y antes de que se enciendan las luces de la sala, un rayo ilumina el escenario, seguido del sonido de un trueno. En seguida, un potente foco ilumina una zona central, al fondo del escenario, donde está sentado F, en la misma butaca que ocupaba en la primera escena de la obra.*

*El efecto buscado es que el público permanezca sentado o vuelva sentarse. Al cabo de unos instantes, F se levanta, se acerca lentamente hasta el límite del escenario y habla, pausadamente, dirigiéndose al público.*

**F** *Y, vosotros, cada uno de vosotros, ¿queréis saber algo del futuro? (Hace una larga pausa, mirando al público) ¿Queréis saber algo de vuestro deseo? ¿O preferís dormir, seguir durmiendo?*

*F sonrío y camina hacia el fondo del escenario hasta que el foco que había seguido sus pasos se apaga. En el momento de hacerse la oscuridad se escucha de nuevo el sonido de un trueno.*

*Final de la obra.*